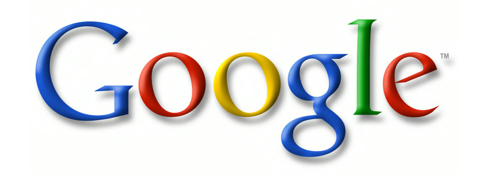
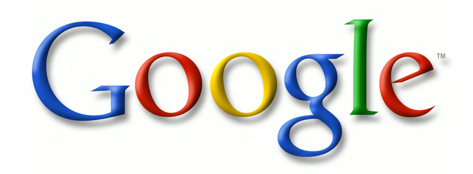




CUEN

6 rs. en

FÁBUI

T

EDICI(

CUENTOS DE SALON

SEGUNDA SERIE

6 rs. en Madrid—7 rs. en provincias

FÁBULAS EN ACCION

CUADRITOS EN VERSO

POR

TEODORO GUERRERO

EDICION ADORNADA CON UNA LÁMINA

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1877

FÁBULAS EN ACCION



«Pues tuviste aplicacion,
ven á lucir tu corona.»

Escena de la fábula en accion EL VALOR DEL TIEMPO.

FÁBULAS EN ACCION

CUADRITOS DRAMÁTICOS EN VERSO

POR

TEODORO GUERRERO

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1877

DOS PALABRAS.

El Diccionario nos dice que FÁBULA es «la narracion inventada para deleitar con enseñanza ó sin ella.» Insignes fabulistas, desde Esopo hasta Hartzenbusch, se valieron de ese género de literatura, dando voz á los animales y hasta á las cosas inanimadas, para presentar con ejemplos prácticos, cuadros de la vida social, proporcionando á la niñez y á la juventud lecciones de moral que encierran consejos y máximas provechosos, puestos de relieve en el resúmen del apólogo, llamado *posfabulacion* por la Poética, y *moraleja* por el vulgo. ¿Por qué no exhibir á los mismos seres humanos, para herir más verdaderamente la imaginacion con las consecuencias de la práctica de los vicios? Para lograr el fin inmediato de la *enseñanza* ¿no es mejor valerse de *personas* que de *símbolos,* cuando aquellas impresionan más que estos, cuando son la realidad que está tan á la mano y al alcance de

todos? ¿Por qué no combatir al natural las preocupaciones, castigándolas con el látigo del ridículo, si el objeto es destruir sus perniciosos resultados? ¿No es siempre el teatro, en mayor ó menor escala, la escuela de las costumbres?

He ahí el pensamiento que me inspiró las FÁBULAS EN ACCION, y lo puse á prueba, en Febrero de 1874, llevando á la escena de un teatro *La filosofía del vino*, que el público acogió con tanta benevolencia, aplaudiéndola acaso más que por su escaso mérito, por la buena intencion del autor, que se propuso enseñar á los jóvenes el abismo á que arrastra la embriaguez. Si es conveniente *instruir deleitando*, nada es tan beneficioso como el teatro para conseguir resultados positivos; representando las FÁBULAS EN ACCION, no sólo recogen la idea del ejemplo los jóvenes que las interpretan, sino que se impresionan los tiernos espectadores, inspirándo á unos y á otros el horror al mal, y despertando el sentimiento de las virtudes. Al mismo tiempo, con el manejo de este libro se adiestran los adolescentes en la lectura del diálogo en verso, ventaja inapreciable para brillar en sociedad.

Alentado por el éxito de *La filosofía del vino*, escribí otras FÁBULAS.—En el cuadrito dramático *Entre el vicio y la virtud* combato los funestos efectos del vicio del juego.—En *Un minuto de olvido*, presento la consecuencia terrible é inmediata de la falta del deber en la mujer casada.—

En *La lógica del duelo*, me burlo del juicio público al apreciar el desafío, empapando la pluma en hiel, á fin de espantar al *asesinato* que se cubre con el manto de la *honra*.—En *El valor del tiempo*, recomiendo á las niñas el amor al estudio y al trabajo, como base del porvenir, premiando la aplicacion.—Queriendo dar más amplitud y variedad á mi pensamiento, ensanché los límites de una de las fábulas, escribiendo una en tres actos, en que siento una gran verdad, por más que el vulgo descreido y positivista pretenda negarla en absoluto: la felicidad conyugal no se cimenta con el oro y la belleza; hay algo que vale más para estrechar el lazo y realizar el ideal del consorcio: la virtud, la nobleza del corazon, la dignidad de los sentimientos.—En la fábula *El dinero y la hermosura*, aproveché el pensamiento de mi novelita *Fea y pobre*, publicada en los CUENTOS DE SALÓN.—Y completé el volúmen, vistiendo con nuevo traje y variando de época y de personas, el argumento que desarrollé en mi cuento *La escuela del amor*, que apareció en el tomo tercero de la BIBLIOTECA AZUL; cuento que mereció el honor de verse traducido al portugués en las páginas de la *Revista Occidental*, de Lisboa. La preocupacion, por fortuna no tan comun hoy como en los tiempos de Felipe IV, de conservar á las mujeres en la ignorancia, como medio de *seguridad*, está combatida en *La educacion de la mujer*.

Este libro es un ensayo del género; si el público lo acoge con agrado, otras FÁBULAS seguirán á las presentes.

Si las empresas teatrales quieren apoyar mi propósito y poner en escena alguna de las FÁBULAS, se entenderán con los comisionados de la Galería dramática de D. Alonso Gullon.

T. GUERRERO.

FÁBULA PRIMERA.

LA FILOSOFÍA DEL VINO.

Representada por primera vez en el teatro de la Alhambra de Madrid, en 13 de Febrero de 1874.

PERSONAS.

Tio Lino.
Vizconde del Perú.
Alcalde.
Dos serenos.

La escena pasa en Madrid.—Tambien puede pasar en Andalucía, si el actor quiere representar en el *Tio Lino* un andaluz, en vez de un manolo.

Decoracion de calle.—A la izquierda, fachada de casa pobre; sobre la puerta, una muestra donde se lee: TABERNA.—A la derecha, fachada de casa grande; sobre la puerta, otra muestra con este letrero: FONDA.—Al levantar el telon, dentro de la taberna cantan con acompañamiento de vasos. Se oye algazara en la fonda. Un sereno está en la calle apoyado contra la pared.

ESCENA PRIMERA.

SERENO.

¡Todos se divierten! ¡Bueno!
¡Y yo tengo que velar
sin dormir y sin cenar!...
(Bosteza, canta la hora y se va por el fondo.)
¡Las doce han dado y sereno!...
(Sale de la taberna el tio Lino, borracho, dando traspiés, con el sombrero echado para atrás, la faja suelta y la capa colgada del hombro.)

ESCENA II.

TIO LINO. *Despues, el* VIZCONDE.

LINO.

¡Aquí estoy yo!... Luzco el talle
andando... como un peon...
¿Quién riñe con un maton?
¡Yo soy el rey de la calle!...
¿Yo soy rey? ¡Bonito nombre!

¿Y me llaman tio Lino?...
¡Hacen dos dedos de vino
dueño de este mundo á un hombre!

(Se apoya contra la fachada de la taberna. Sale de la fonda el Vizconde, jóven elegante, de buenas maneras, en estado de embriaguez, con el sombrero echado para atras, la corbata suelta y el gaban sobre el hombro; en la mano lleva baston de estoque.)

VIZCONDE.

¡Aire busco!

LINO *(balbuciente).*

¡Hola, muchacho!

VIZCONDE *(sin ver á Lino).*

Aquí al ménos se respira.
(Riéndose.)
¡Estoy alegre!

LINO *(para sí).*

¡Mentira!
Lo que tú estás es borracho.

VIZCONDE.

Me hallo mejor acá fuera.
¡Qué calor y qué humo!

LINO.

¡Bah!
Aquí tengo un camará
con levita y con chistera.

VIZCONDE.

En pié de tenerme trato,
y las casas se menean;
mis piernas se tambalean,
y me caigo...

LINO *(riéndose)*.

¡Es un novato!

VIZCONDE *(restregándose los ojos)*.

¡La luz del farol me ha herido!...
¡Siento la cabeza inerte!...
¡Y este vapor!... ¡Comí fuerte!...

LINO.

¡Más fuerte es lo que has bebido!

VIZCONDE.

Quiero andar; pero es el caso
que no obedecen mis piés...

LINO *(adelantándose)*.

¡Acá, mocito!

VIZCONDE *(viendo á Lino)*.

¿Quién es?

LINO.

Soy un compañero.

VIZCONDE *(con altanería)*.

¡Paso!

LINO.

¡Calla! ¡no me haces el bú!

VIZCONDE.

¡Me tutea el insolente!

LINO.

¡Pues no que no! El aguardiente
hasta al rey habla de tú.

VIZCONDE.

¡Yo soy un vizconde!

LINO *(moviendo el dedo índice)*.

No.

VIZCONDE *(con ira)*.

¡El vizconde del Perú!

LINO.

¿No sabes lo que eres tú?
Un borracho como yo.

VIZCONDE *(con horror)*.

¡Un borracho!

LINO.

Es la verdad.

VIZCONDE.

¡Yo siempre fuí caballero!

LINO.

El rico y el pordiosero
(Señala á la taberna.)
allí encuentran la igualdad.

Te lo diré sin empacho,
que no me asusta tu nombre;
eres en el mundo... un hombre;
y en esta calle... un borracho.
Tú, en fonda muy principal,
yo, en pobre taberna, entramos;
pero la calle en que estamos
es un terreno neutral.

VIZCONDE *(amenazándole)*.

El vizconde del Perú
tiene lacayos valientes...

LINO.

Si no beben tus sirvientes,
son más señores que tú.
Como estás tan perturbado,
no ves que tu pergamino
perdió el blason en el vino,
y ya es... un papel mojado.
No quieras abrirte paso
para imponer tu opinion;
te dejaste la razon
en el fondo de tu vaso.

VIZCONDE *(siente un momento lúcido y mira al cielo)*.

¿Será verdad?

LINO.

Reza, reza,
que del vino los clamores
no oye Dios.

VIZCONDE *(espantado, se lleva las manos á la frente).*

¡Estos vapores
¡ay! me abrasan la cabeza!
(Se queda anonadado.)

LINO *(acercándose).*

Si no sirves para el paso,
¿quién te ha metido á beber?
Todo lo llega á perder
quien pone el labio en el vaso.
Yo ya perdí la cabeza,
y trás ella, la honradez;
mas tú, en la primera vez
has perdido la nobleza.
Bebiendo, todos los vicios
en la taberna adquirí.
¡Soy maestro! Cuento allí
(Señala á la taberna.)
muchos años de servicios.
(Con risa estúpida.)
¡Es un gusto estar beodo!
Vizconde, sigue bebiendo;
paso á paso irás perdiendo
todo lo que estorba; ¡todo!
Yo nada en el mundo envidio.
¡Soy feliz! Debo y no pago...
¿Ya bebiste? El primer trago
abre el camino al presidio.
Hay dos agentes, que son
los que llenándolo van:
en la nobleza, el *Champan*,
y en la plebe, el *Peleon*.

VIZCONDE *(queriendo tenerse firme y vacilando).*

¡No abuses de mi paciencia!
¡Deja libre el paso!

LINO *(con sorna).*

Estoy
como quien no quiere; soy
el grito de tu conciencia.

VIZCONDE *(con energía).*

¡Pues sobre tí pasaré!
¡Abreviemos de razones!

LINO *(saca la navaja).*

Para espantar los moscones
aquí tengo un *arfilé.*

VIZCONDE *(saca el estoque).*

Y yo esta aguja.

LINO *(retrocede).*

¡Qué indino!
¡qué bien preparado vas!
Vizconde, no bebas más;
¡tienes mal vino! ¡mal vino!

VIZCONDE *(queriendo pasar).*

¡Atrás!

LINO *(se pone en guardia).*

¡Ya voy!

VIZCONDE.

¡Qué osadía!

LINO.

Quiero ver, con un mandoble,
si tiene la sangre noble
otro color que la mia.

(Se acometen, dando tumbos, pero se quedan inmóviles al aparecer por el fondo el alcalde con dos serenos.)

ESCENA III.

Dichos. ALCALDE Y SERENOS.

ALCALDE.

¡Una riña! ¡Dénse al rey!

VIZCONDE *(suelta el estoque y se quita el sombrero con respeto).*

Obedezco.

ALCALDE.

(Están beodos.)

LINO *(amenazando con la navaja).*

¡Yo no! ¡Iguales semos todos!

ALCALDE *(enseñando el baston).*

¡Iguales ante la ley!
¡A la cárcel!

(Los serenos se lanzan sobre los dos, que retroceden hasta quedar apoyados contra las fachadas. El tio Lino suelta la navaja.)

VIZCONDE *(volviendo en sí).*

¡Me han perdido!

¿Yo en la cárcel? ¡Madre mia!

LINO *(con indiferencia).*

Mañana será otro dia.

VIZCONDE.

¡Ah! ¡qué momento de olvido!
(Se cubre el rostro con las manos.)

ALCALDE *(mira á los dos con lástima y se dirige al público).*

Tome el pueblo esta leccion,
y aprenda la juventud
á dominar su pasion,
que está la degradacion
á un paso de la virtud.
Resbala por la pendiente,
y al volver la vista atrás,
el remordimiento siente,
llevando un sello en la frente
que no se borra jamás.
Honra, salud, posicion,
y cuanto de noble encierra
el humano corazon,
mata el vino. ¡Es la razon
el soberano en la tierra!

FIN.

FÁBULA SEGUNDA.

EL VALOR DEL TIEMPO.

PERSONAS.

DOÑA CRISTINA, *de setenta años.*
LAURA, *de doce.*
SOFÍA, *de diez.*
PIEDAD, *de ocho.*
Niñas que no hablan.

Época contemporánea.

Sala de un colegio. Puerta al fondo con cortina. A la derecha, ventana con reja. Al empezar la fábula, las niñas, sentadas, hacen diferentes labores.

ESCENA PRIMERA.

LAURA.

Pues la vieja se ha marchado,
vamos alegres á holgar,
y empecemos por tirar
dedal, aguja y dechado.
(Se levanta.)
No seas tonta, Sofía;
tira la labor al suelo.
(Le arrebata el lienzo en que cosía.)

SOFÍA.

¡Y si viene!

LAURA.

¡Me rebelo,
porque odio la tiranía!
¡Compañeras, á gritar,
y viva la insurreccion!
(Todas, ménos Piedad, se levantan gritando.)
Un ratito de expansion
es muy dulce de gozar.
Siempre á la silla, sujeta
me tiene doña Cristina,
con su eterna papalina

y su cara de baqueta.
(Imita la voz de las viejas.)
—«Eh, niñas, á trabajar,
porque el tiempo que se pierda
no volverá.»—Y no se acuerda
que hizo lo mismo. ¡A bailar!

(Bailan. Laura se dirige á Piedad, y trata de quitarle la costura.)

Ven, Piedad.

PIEDAD.

Yo no.

LAURA.

¿Se excusa?
¡Siempre haciendo de persona!
(Le saca la lengua.)
¡La mojigata!... ¡Adulona!
Esta es la que nos acusa.
(Todas hacen burla á Piedad.)

PIEDAD *(llorosa)*.

No es verdad.

SOFÍA.

El otro dia
nos comimos un pastel,
y ella delató á Isabel.

PIEDAD.

¡Eso es mentira, Sofía!

LAURA.

Pues ello, Piedad, es llano;

no imitas á las demás...
Hipócrita, siempre estás
con la agujita en la mano.
—Soy rica, y teniendo tanto
¿de qué me sirve aprender
la gramática, á coser?...
¡Si fuera el baile... ó el canto!
¡Aguja maldita!

TODAS.

Amen.

LAURA.

La maestra nos engaña.
¡Mentira todo, patraña!
Somos ricas...—Piedad, ven.

PIEDAD.

No, porque debo acabar
el viernes este bordado;
un juguete me han comprado
y lo tengo que ganar.
Cuando llevo buenas notas,
mi papá me quiere mucho;
ayer me compró un cartucho
de pastillas y unas botas.
Y yo me pongo tan hueca
al oir que no soy mala...
y mi abuela me regala,
besándome, una muñeca.

LAURA.

¡Jesús! ¡qué atrasada estás!

(Dirigiéndose á una niña.)
¡Una muñeca! ¿Oyes, Lola?
¡Si fuera un traje de cola!...

PIEDAD.

Soy niña.

LAURA.

Mujer serás.

SOFÍA.

Es muy pronto.

LAURA.

Sin embargo,
ya los doce años cumplí...
¡Cuando yo salga de aquí!
¡Cuando me vista de largo!...
Vamos, perderé el sentido
de gusto y sorpresa, cuando
vaya en el suelo arrastrando
cuatro varas de vestido.

(Se baja para hacer que su traje toque en el suelo, y anda pavoneándose.)

SOFÍA *(señalando á la calle, por la reja).*

¿Como aquella?

LAURA *(corre á la ventana y se asoma).*

Como aquella.
¡Trage de seda! ¡Qué talle!...
¡Si llena toda la calle!...
¿No ha de parecer muy bella?
Puedo gastar y correr,

y estoy presa en esta casa,
perdiendo el tiempo, que pasa...

SOFÍA.

Sí, sí; para no volver.
Lo dice la directora.

LAURA *(con despecho).*

¡Eh! ¿qué sabe la maestra?
Niñas, la ocasion es nuestra.
Vamos á bailar ahora.

(Empiezan á bailar y se levanta la cortina del fondo, apareciendo doña Cristina. Todas, asustadas, se quedan inmóviles.)

ESCENA II.

Dichas. DOÑA CRISTINA.

SOFÍA *(á Laura, en voz baja).*

¡Mira!

LAURA.

¡Jesus!

CRISTINA *(con voz temblorosa).*

¡Quieta, quieta!
Aquí está doña Cristina,
con su eterna papalina
y su cara de baqueta.
(Se adelanta, mirando á todas con seriedad.)
Bien, señoritas, muy bien.
(Con ironía muy marcada.)
¿Para qué sirve estudiar?...

¿Les gusta á ustedes bailar?...
Yo voy á bailar tambien...
¿Vestir como un figurin?
Eso basta á las mujeres.
(Hace señas con la mano á Laura.)
Ven á ajustar cuentas; eres
la cabeza de motin.

LAURA *(se acerca con la cabeza baja).*

Yo...

CRISTINA.

Por mal camino vas;
tú tienes el privilegio
de ser siempre en el colegio
la que se distingue más.
¿Odias los libros? ¿Las modas
te agradan? Pues es temprano.
Laura, te predico en vano;
tú las perviertes á todas.
Cuando en los trigos se ve
á la zizaña brotar,
se debe al punto arrancar.
A tu padre avisaré.
¡Te echo del colegio!

LAURA *(llorando).*

¡Ah no!
Yo seré buena, señora.

CRISTINA.

¿Lloras? Vamos; el que llora

todo al fin no lo perdió,
(Le coge una mano.)
Tú no eres mala; te miras
en el mundo, ¡buen espejo!
El mal está en el consejo,
en el aire que respiras.
Yo te parezco un vestiglo
porque me visto á mi modo...
Tiene la culpa de todo
el espíritu del siglo.
Para valer algun dia
á estudiar viniste aquí...
Con tal que vuelvas en tí,
yo te perdono, hija mia.
(La abraza.)

LAURA.

Me enmendaré.

CRISTINA.

¿Y tu leccion?
¿La sabes?... Te va á pesar,
porque acabo de comprar
un premio á la aplicacion.
(Saca una coronita de flores. Las niñas se acercan á verla con viva curiosidad.)
Ya la veis; es muy bonita,
y debe estar orgullosa
quien la gane.—Aparta, Rosa.
(Separando á las niñas que nombra.)
—No es para tí, Margarita.
—Vamos á ver: la verdad.
¿Cuál de todas os parece

que la distincion merece?
No vale mentir.

TODAS.

Piedad.

CRISTINA *(se dirige á Piedad y la coge de la mano).*

Bien.—Tu mérito te abona
y te premia la opinion.
Pues tuviste aplicacion,
ven á lucir tu corona.
(Le pone la corona en la cabeza.)

PIEDAD.

¡Qué gusto! ¡me quiero ver!...
(Corre á un espejo y se mira.)

CRISTINA.

Así el mundo representa
á la virtud.

PIEDAD.

¡Qué contenta
mi mamá se va á poner!

CRISTINA *(mirando á una niña que habla á otra al oido).*

¿Qué estás murmurando, Emilia?
Esa niña es laboriosa;
tiene que ser buena esposa,
buena madre de familia.
Se siembra con la Cartilla
para recoger mañana;
la que es, como tú, holgazana

deja podrir la semilla.
En la experiencia me fundo,
porque no en vano soy vieja;
¿veis el mundo tras la reja?
(Señala á la ventana.)
Ven, Laura, á asomarte al mundo.
(Coge de la mano á Laura y se acercan á la reja.)
¿Viste una dama pasar
prendida con ricas galas,
y tú tendiste las alas
queriendo al mundo volar?
¡No sueñes con ese cielo,
que es mentira y causa espanto.
¡Se riega á veces con llanto
un trage de terciopelo!
Allí tienes la verdad
que te llega á convencer.
Mira á esa pobre mujer
que implora la caridad.
De jóven, en su belleza
pensaba sólo, hija mia;
gastó lo que no tenia,
y la buscó la pobreza.
En los libros hallarás
mejor caudal que en el oro:
el estudio es un tesoro
que no se agota jamás.
Instrúyete con afan,
y espera la desventura;
el dinero y la hermosura
tienen alas, y se van.
La niña no ha de aprender
cómo el cuerpo ha de vestir;

el alma debe lucir
rica en galas la mujer.
Es necesario estudiar;
no olvideis esta leccion...
Y ya basta de sermon;
vamos todas á bailar.

(Las niñas saltan muy contentas y gritan.)

LAURA.

¡Viva nuestra directora!

TODAS.

¡Viva!

CRISTINA.

(No hay como dar gusto
Para ser bueno y ser justo.
Todas me quieren ahora.)
Escuchad. Como soy vieja
hago la cruz al diablo,
y así, á todo lo que hablo
le pongo su moraleja.

(Las niñas rodean á Doña Cristina, que dice en tono sentencioso.)

El tiempo es un bribonzuelo
que se escapa sin sentir.
Sabed que al tender el vuelo,
de la vida hay que rendir
cuentas á Dios en el cielo.

(Señala con el índice al cielo, y las niñas elevan los ojos y las manos.)

FIN.

FÁBULA TERCERA.

UN MINUTO DE OLVIDO.

PERSONAS.

EMILIA.
CÁRMEN.
ROMAN.

La escena pasa en Madrid.—Época contemporánea.

Gabinete amueblado con lujo. Puerta al fondo y á la izquierda. Balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA *(sentada, leyendo).*

¡Es imposible! Los ojos
se van tras el pensamiento,
y no consigo fijarlo
en las páginas que leo.
(Tira el libro sobre la mesa.)
Corren las horas, los dias,
é impaciente aguardo á Ernesto...
Y no viene, aunque le escribo...
¡Oh, sí! debe estar enfermo.
Su cariño no es mentira:
¡me hizo tantos juramentos!
¡Por él me olvidé de todo!...
(Suena dentro una campanilla, y Emilia se levanta.)
¡Ahí está! ¡Late en mi pecho
el corazon! ¡no me engaña!...
(Aparece Cármen por el fondo.)
¡Ah! ¡no es él! ¡Me desespero!

ESCENA II.

EMILIA.—CÁRMEN *(en trage de calle).*

CÁRMEN.

¿Qué pasa, Emilia? Hace dias
que siempre, al venir, te encuentro

atribulada y llorosa;
¿qué oculto padecimiento
origina el sobresalto?
¿Me retiraste tu afecto?
Soy buena amiga, y quisiera
prodigarte mis consuelos.

EMILIA.

¡Ay, Cármen! ¡no me preguntes
lo que decirte no puedo!

CÁRMEN.

La amistad es exigente;
y solo guarda el silencio
lo que á la conciencia acusa.
Insistiré...

EMILIA.

¡Es un secreto!

CÁRMEN *(sonriéndose)*.

No tendrá mucha importancia;
tu acalorado cerebro
será causa del trastorno
que produce tu tormento.

EMILIA *(se levanta)*.

¡Cármen, soy muy desgraciada!

CÁRMEN.

¿Tú desgraciada? Lo niego.
Te quejas de vicio, Emilia;
tienes un marido bueno

que te quiere y considera;
(Movimiento de terror de Emilia.)
hijos sanos y muy bellos;
grandes bienes de fortuna.
¿Qué más exiges?... ¿Qué veo?
¿Te pones pálida? ¿Tiemblas?

EMILIA.

¡Tus palabras me dan miedo!
¡Sufro mucho, y necesito
dar desahogo á mi pecho!

CÁRMEN *(con vivo interés).*

¡Habla!

EMILIA *(con resolucion).*

¡Sí! ¡No has de venderme!

CÁRMEN.

¡Emilia! ¿qué estás diciendo?
¡Venderte! ¿Por qué?... ¡Me asalta
un fatal presentimiento!

EMILIA *(coge las manos de Cármen).*

¡Era muy dichosa, Cármen!
Ví correr dias serenos,
sin que nada me pidiera
el intranquilo deseo;
mis hijos y mi marido
llenaban mi pensamiento;
vivia encerrada en casa,
y nada echaba de ménos.
Roman, ocupado siempre
en el club, en el Congreso,

quiso que saliera sola,
y fuí al teatro, al paseo,
á los salones: ¡al mundo!...
¡Cármen, el mundo está lleno
de peligros! ¡Una sombra
clavó, al pasar, en mi pecho
un dardo agudo! ¡Dí un grito!
¡Ah! ¡qué terrible momento!
Se desvaneció la sombra,
y al despertar de mi sueño,
ví perdida mi ventura...
Esclava de un hombre...

CÁRMEN *(interrumpiéndole vivamente).*

¿Ernesto?

EMILIA.

¡Un delirio, una demencia!

CÁRMEN *(con dolor).*

¡Emilia, Emilia! ¿qué has hecho?

EMILIA.

¡Todo, todo lo he perdido!
Troqué mis dias serenos
por horas de lucha horrible;
se nubló mi claro cielo;
desbordadas las pasiones,
de la virtud roto el freno,
en la tempestad del alma
perdí la paz y el contento.

CÁRMEN *(afectada).*

Lanzada por la pendiente,

diste en el abismo luego;
¡en el fondo de ese abismo
no se encuentra más que cieno!
¡Pobre Emilia!

EMILIA.

Fascinada
con las miradas de Ernesto,
quise evitar su presencia;
pero él, loco, amante, ciego,
me persiguió sin descanso,
me hizo tantos juramentos,
me escribió cartas tan bellas,
pintando con vivo fuego
el amor que le abrasaba,
que se alteró mi cerebro,
y la razon, vacilante,
luchando con el afecto,
me robó la paz del alma,
pues por él no vivo, muero.

CÁRMEN.

Todos los hombres, Emilia,
hacen lo mismo que Ernesto;
nos persiguen, nos deslumbran
por capricho pasajero;
se burlan de nuestro llanto,
gozan con nuestro tormento,
y cuando nos ven rendidas,
cuando son del alma dueños,
con la sonrisa en los labios,
la sonrisa del desprecio,
se van por otro camino

en busca de lazos nuevos.
¿Sabes lo que para el mundo
es la víctima?—¡Un trofeo!

EMILIA.

¡No, Cármen! ¡Es imposible!
¡Tú no conoces á Ernesto!

CÁRMEN *(con ironía)*.

Es un hombre como todos;
pongo por testigo al tiempo.
Cuando se quiere de veras,
amor es avaro y ciego;
una mirada inocente,
una ráfaga de viento,
una sombra que se cruza
dan vida al punto á los celos.
Si eso es querer, el marido
es amo; el amante es siervo.
¡No enciende amor en el alma
la mujer que tiene dueño!

EMILIA *(desesperada)*.

¡Ay, Cármen! ¡me estás matando
con tus palabras de hielo!

CÁRMEN.

La verdad es siempre fria;
es siempre amargo el consejo.
Vuelve en tí; piensa en las horas
que te hace pasar Ernesto;
has perdido la alegría,
tu amor no es más que tormento,

y olvidada de tus hijos,
tu marido te da miedo.

EMILIA *(aterrada).*

¡Miedo!

CÁRMEN.

Tú tienes deberes,
y Roman tiene derechos;
él es tu juez en la tierra,
y ante el juez tiemblan los reos.

ROMAN *(dentro).*

Emilia.

EMILIA *(se estremece fuertemente).*

¡Ah!

CÁRMEN *(con dolor).*

¿Lo ves, Emilia?
Él te llama con afecto;
y su voz tranquila encuentra
en tu corazon un eco:
¡es el eco que produce
gritando el remordimiento!

EMILIA *(anonadada).*

¡Ay, Cármen!

CÁRMEN.

Perdona, Emilia;
te hablo así, porque te quiero.
(Mira á la izquierda.)

—Él viene; piensa en tus hijos.
Muéstrale el rostro sereno.

ESCENA III.

Dichas. ROMAN *(en trage de calle).*

ROMAN *(da la mano á Cármen).*

¡Oh, mi amiga! Buenas tardes.

CÁRMEN.

Adios. ¿Va usted al Congreso?

ROMAN *(riéndose).*

Sí, señora; voy de oficio
para dar un *sí* al gobierno.
Los electores me mandan
cien cartas cada correo;
á pedir voy dos escuelas,
diez estancos, seis carteros,
y tambien, que formen causa
al promotor, porque es neo.

CÁRMEN.

¿Así á la patria se sirve?

ROMAN *(con ironía).*

La fuente es el ministerio.
(Se fija en Emilia.)
—Tú, como siempre, callada.
(Dirigiéndose á Cármen.)
—Esta muchacha, hace tiempo
que está tristona; no quiere

ir al teatro, á paseo;
para gastar en las tiendas
le dí mi bolsillo abierto;
soy esclavo de la patria,
y acompañarla no puedo.
Usted, que es su buena amiga
y tiene mucho talento,
desvanezca con razones
las nubes de su cerebro,
para que al fin se convenza
de que no me pertenezco.
(Mira el reloj.)
—Las tres, la patria me llama.
(Da la mano á Cármen y luego á Emilia.)
—Adios.—Tonta, ¿tienes celos
de la política? Sabes
que con el alma te quiero.
(Se va por el fondo.)

ESCENA IV.

EMILIA. CÁRMEN.

CÁRMEN *(moviendo tristemente la cabeza).*

Nada Roman ha advertido;
nada sospecha; ya ves,
Emilia, qué fácil es
engañar á un buen marido.
No duda nunca el amor
cuando es verdadero; el hombre
que á una mujer da su nombre
con él le entrega su honor.

Se casa con la esperanza
de gozar dicha y reposo,
y los halla el noble esposo
en la ciega confianza.
Amor en ella se escuda;
pero falta en el momento
en que hiere al pensamiento
el aguijon de la duda.
Un marido nunca quiere
con el fuego del amante;
pero es su amistad constante
afecto que nunca muere.
Él por tí trabaja, Emilia;
al herir á tu marido,
no piensas en que has herido
tu honor, el de tu familia.
Has de llorar amarguras:
hoy para Ernesto serás
solo una víctima más
en su lista de aventuras.

EMILIA *(acongojada)*.

¡Cármen!...

CÁRMEN.

Con razon te arguyo;
Emilia, el hombre que quieres
es de todas las mujeres,
mientras que tu esposo es tuyo.

EMILIA *(fuera de sí)*.

¡Que me vuelvo loca creo!...
¡Aire!... ¡Déjame buscar

aire para respirar!...

(Corre al balcon, y al poner la mano en la falleba, da un grito, mirando á la calle por entre los cristales.)

¡Aire me falta!... ¡Ah! ¡qué veo!

CÁRMEN *(corre al balcon y mira tambien á la calle).*

¡La razon has de perder!...
¿A Ernesto viste?

EMILIA *(con desvarío).*

¡Sí, sí!
¡Es él! ¡él!... ¡Mírale allí!
¡Y va con otra mujer!

CÁRMEN.

¿Otra mujer? No es extraño;
te lo acabo de anunciar...
No se hizo mucho esperar
tu terrible desengaño.

EMILIA.

¡Por él me arrastré en el lodo!...
¿Sus juramentos olvida?
¡Me ofreció su amor, su vida!...

CÁRMEN.

¡Mentira, mentira todo!
¿Con envenenadas flores
te cautivó lisonjero?
Es el programa embustero
de todos los seductores.

EMILIA.

¡No hay consuelo á mi dolor!

¡Vivir no quiero! ¡He perdido
en un minuto de olvido
toda una vida de amor!

CÁRMEN *(con cariño).*

Ven. El arrepentimiento
te abre del perdon la puerta;
Dios la tiene siempre abierta.

EMILIA.

¡Cármen! ¿Y el remordimiento?
¿Y Roman? ¡Para los dos
las venturas han huido!

CÁRMEN.

Nada sabe tu marido.

EMILIA *(espantada, mirando al cielo).*

¡Sí, pero lo sabe Dios!

CÁRMEN.

Dura ha sido la leccion;
solo te queda un consuelo:
los ojos eleva al cielo
y da el alma á la oracion.
Huye de la tierra y llora;
solo Jesus, por ser bueno,
quiso acoger en su seno
á la pobre pecadora.
Vive escondida en tu hogar,
y redime tu pecado;
el mundo, áun siendo malvado,
no ha aprendido á perdonar.

(Mira por el balcon á la calle.)
—Mira, allí viene Miguel;
¡siento el corazon latir!...
Sin mí no sabe vivir,
ni yo sé vivir sin él.
El santo temor de Dios
y el amor nos dan la calma;
solo tenemos un alma,
un alma para los dos.

EMILIA *(se deja caer en un sillon).*

¡Cármen, soy muy desgraciada!

CÁRMEN.

Sí, muy desgraciada, Emilia;
pero piensa en tu familia.

EMILIA.

¡Qué vergüenza! ¡despreciada!

CÁRMEN.

¡Ojalá que esta leccion
sirva de ejemplo fecundo
á la mujer que en el mundo
quita el freno á la razon!
¡Cuántos, cuántos han perdido
la pureza del amor,
la paz, la dicha, el honor,
en un minuto de olvido!

FIN.

FÁBULA CUARTA.

LA LÓGICA DEL DUELO.

PERSONAS.

D. ALFREDO.
D. MARTIN.
D. RAMON.
JULIAN (artesano).
MANUEL (chispero).
ALCALDE.
CABALLEROS 1.°, 2.° y 3.°
DOS AGENTES DE POLICÍA.

La escena pasa en los alrededores de Madrid.—Época contemporánea.

CUADRO PRIMERO.

Decoracion de campo. Al fondo una tapia que cubre la escena.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN *y* MANUEL.

MANUEL *(con la capa arrollada en el brazo izquierdo, se coloca delante de Julian en actitud hostil).*

¡Julian, estoy más quemao
que una hornilla!... ¡Tengo sed,
y he de beberme tu sangre!

JULIAN *(embozado en la capa, con calma).*

Que no te empeñes, Manuel,
pues yo tengo mucha calma
y soy un hombre de bien.

MANUEL.

¡Julian, te digo que el fuego
me está abrasando!

JULIAN.

Pues ve
al pilon de la Cibeles,
y allí zabulle los piés,
que con locos de remate
no quiero el tiempo perder.

MANUEL.

¡No te burles, que de rabia
reventando está mi piel!
¡Vamos á reñir!

JULIAN.

No quiero.

MANUEL.

¿Que no? Yo te obligaré.
(Le echa mano al embozo y Julian se retira.)

JULIAN.

Muchacho, las manos quietas;
quieta la lengua tambien,
pues si me sigues jurgando,
aquí me voy á perder.
¿Qué quieres de mí?

MANUEL.

¡Tu sangre!
Sabe todo Lavapiés
que, por quedar bien contigo,
me hizo anoche la Belen
una partida serrana
en el baile del Ariel.

JULIAN.

Como ella manda en su cuerpo,
naide le pone la ley.

MANUEL.

¡A un mozo de mis agallas

hacerle un desaire!

JULIAN.

¿Y qué?

MANUEL *(con sorna).*

Que la quieres, y yo quiero
que la dejes de querer.

JULIAN *(burlándose).*

Límpiate la baba, niño,
porque no se hizo la miel...

MANUEL.

¡Quita el embozo á la capa
y descubre el arfilé,
porque siento candelillas
aquí encima de la sien,
y tus tripas condenás
al sol las voy á poner!

JULIAN *(se desemboza).*

Chiquiyo, escucha un consejo
que ha de aprovecharte bien,
pues nací diez años ántes...

MANUEL *(furioso).*

¡Yo nada quiero saber!

JULIAN.

La rabia quita el sentido;
si yo ántes que tú llegué,
¿no ves que estorbas, muchacho,

pues tiene dueño Belen?

MANUEL.

¡Por eso quiero matarte!

JULIAN.

¿Te has vuelto loco, Manuel?
Si me mata Dios, acaso,
porque es flaca la mujer,
puedas relevar al muerto,
que de eso mucho se ve;
pero una mano manchada
con mi sangre, no es Belen
la que la acepte, en presencia
del cura de San Andrés.

MANUEL.

¡Me querrá á la fuerza!

JULIAN.

Mira
que no es decreto del juez
que se impone, porque es fruta
el amor de la mujer
que si madura á porrazos
nunca se digiere bien.

MANUEL *(fuera de sí)*.

¡No escucho ya tus razones!

JULIAN *(con severidad)*.

Échate á un lado, Manuel.

MANUEL *(le cierra el paso)*.

¿No quieres reñir?

JULIAN.

No quiero.

MANUEL.

¡Eso lo vamos á ver!
Si tienes sangre en las venas,
¡toma, y á buscarme ven!

(Le cruza la cara. Julian, furioso, tira la capa y saca la navaja.)

JULIAN.

¡Dios me perdone tu muerte,
pues vas á morir, Manuel!

MANUEL *(saca la navaja y se pone en guardia).*

¡Aguí te aguardo! ¡Al avío!

JULIAN.

¡Quiero matar!

MÀNUEL.

¡Yo tambien!

(Se arremeten, y despues de algunos golpes, Manuel se lleva las manos al pecho, gritando.)

¡Dios me valga!... Te perdono...
porque yo... te provoqué...
¡Ah! ¡Muerto soy!...
(Vacila y va á caer entre los bastidores.)

JULIAN *(espantado, tira la navaja).*

¡Dios del cielo!
siendo tanto tu poder,
¿por qué cubriste mis ojos

con esa niebla? ¿Por qué
á un mortal abandonaste
en su ciega insensatez?...
¡Sangre en mis manos! ¡Dios mio!...
Me ha perdonado Manuel,
¡pero el grito de ese hombre
siempre, siempre escucharé!

(Va á salir, y se detiene al ver al Alcalde, seguido de dos Agentes de policía, que aparecen por entre los bastidores de la izquierda.)

ESCENA II.

JULIAN, ALCALDE *y* AGENTES.

ALCALDE.

¡Aquí un muerto!

JULIAN.

¡La justicia!
¡Soy perdido!

ALCALDE.

¡Date al rey!

(Los Agentes rodean á Julian, y el Alcalde coge del suelo la navaja.)

¡Sangre! ¡El cuerpo del delito!
¿Le mataste?

JULIAN *(tranquilo)*.

Le maté.

ALCALDE *(á los Agentes)*.

¡El asesino á la cárcel!

JULIAN *(con horror).*

¡No soy asesino!

ALCALDE.

El juez,
si estás convicto y confeso,
ya poco tiene que hacer.

JULIAN.

Hará justicia á mi causa;
le he matado en buena ley,
que herir en la cara á un hombre
es buscar la muerte.

ALCALDE *(encogiéndose de hombros).*

Bien.
El muerto al hoyo, y el vivo
al Saladero con él,
que allí el verdugo, las cuentas
irá á ajustarle despues.

JULIAN *(se estremece).*

¡Me juzgará desde el cielo
el Dios que todo lo ve!

ALCALDE.

Mas tú reñiste en la tierra,
pobre mortal, sin saber
que aquí abajo es inflexible
la cuchilla de la ley.

(Se retira por la izquierda, seguido de los Agentes, que llevan á Julian cogido por los brazos.)

CUADRO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Salen por la derecha ALFREDO, RAMON *y* CABALLERO 1.°

RAMON.

¿Llegamos al sitio?

CABALLERO 1.°

Sí.
Hemos sido más puntuales.

RAMON.

Las diferencias sociales
todas se arreglan aquí.

ALFREDO *(ve el reloj).*

No tardarán; son las dos.

RAMON.

¡Vencerás!

ALFREDO.

¡Es imposible!

RAMON.

¿Por qué?

ALFREDO.

Ese hombre es invencible.

RAMON.

¡Tu vida he pedido á Dios!

ALFREDO.

Y yo tambien he rezado;
pero Dios no puede oir
al hombre que va á reñir.
¡Ve que reñir es pecado!

RAMON.

Pedimos como cristianos,
y tú tienes la razon.

ALFREDO.

Mas mi contrario, Ramon,
tiene mi vida en sus manos.

RAMON.

¡Me estremezco al ver llegar
el momento de reñir!

ALFREDO *(con expresion de dolor)*.

¡El momento de morir!

RAMON.

¡No! ¡Tú le debes matar!

ALFREDO *(se estremece)*.

Quiero vencer en el duelo...

la propia conservacion...
mas con sangre, una oracion
no puede llegar al cielo.

RAMON.

¿Por qué has de reñir, Alfredo,
si tu corazon presiente?...

ALFREDO.

La sociedad no consiente
al hombre que tenga miedo.

RAMON.

¿Y no es sociedad menguada
la que torpemente fia
el honor y la hidalguía
á la punta de una espada?
¿Don Martin, causa ha tenido
para este duelo?

ALFREDO.

No sé.
Él dice que le miré,
y se dió por ofendido.
Irritado vino á mí,
y reparacion pidió;
mis excusas no aceptó,
y quiere vengarse aquí.
Se escuda con el honor
para lucir su destreza...
¡Me matará! ¡Qué proeza!
¡Y alabarán su valor!

RAMON.

¡Pero es falta de cordura
batirse, no habiendo ofensa!

ALFREDO.

¡Ay! ¡La sociedad no piensa
del mismo modo!

RAMON.

¡Es locura!

ALFREDO.

Ramon, los cuerdos son pocos;
á la locura verás
reinando; el mundo no es más
que una gran casa de locos.

RAMON.

¡Eso es injusto!

ALFREDO.

Es verdad.

RAMON.

Tu rival es un malvado,
y tú eres un hombre honrado,
útil á la sociedad.

ALFREDO.

No puedo retroceder
aunque perezca en la lucha,
pues la sociedad no escucha

más que la voz del deber.

RAMON.

¡El deber! ¡Palabra vana!...
¿Y no es un deber tambien
no privar de su sosten
á tu pobre madre anciana?
¡Se morirá!

ALFREDO.

¡Madre mia!...
¡No me la nombres, Ramon,
pues me late el corazon,
y el valor me faltaria!
¡Mi pobre madre!

RAMON.

No, Alfredo;
yo arreglaré...

ALFREDO *(con sarcasmo)*.

No lo intentes.
¡Es preciso ser valientes
y morir! ¿Quién tiene miedo?

ESCENA II.

Dichos. D. MARTIN *y* CABALLEROS 1.° y 2.°

MARTIN *(fumando)*.

¡Soberbio sitio! ¡Convida
al gusto de pelear!
¡Brava cosa es disputar
el terreno de la vida!

CABALLERO 2.° *(se desemboza y saca dos floretes).*

Las armas.

MARTIN *(á los Caballeros).*

Estoy dispuesto.
(¡La impaciencia me devora!)

(Se quita la levita y el sombrero, coge un florete y se coloca en actitud de esperar á su contrario.)

Señores, al dar la hora
me encuentro siempre en mi puesto.

(Don Ramon se acerca á D. Martin, le coge de la mano, y se separan á un lado.)

RAMON.

Yo sé que para reñir
tiene usted el corazon
fuerte...

MARTIN *(mirándole fijamente).*

¿Y qué?

RAMON.

No hubo razon,
y no puedo consentir...

MARTIN *(sorprendido).*

¿De veras?

RAMON.

¡Es la hidalguía
el primer deber del hombre!

MARTIN *(burlándose).*

Permita usted que me asombre,

y, en seguida, que me ria.

RAMON.

¡Caballero!

MARTIN *(con satisfaccion de placer).*

¡Vive Dios!
¡Soy feliz como ninguno!
¡vine á combatir con uno,
y voy á matar á dos!

RAMON.

Desista usted de la empresa;
vengo de páz, don Martin.

MARTIN *(con los ojos muy abiertos).*

¡Un combate es un festin,
y no regalo mi presa!

RAMON.

No hace á usted falta mostrar
su acreditado valor;
si no está herido el honor,
se puede el lance arreglar.

MARTIN *(con altivez).*

¿Usted trata de impedir
el duelo?

RAMON.

Sí.

MARTIN.

Don Ramon,

¡yo soy todo corazon!
¡Vengo á matar ó á morir!

RAMON.

Trato de impedirlo, sí.

MARTIN *(con furia).*

¡Sin duda usted me ha tomado
por una mujer!—¡A un lado,
y venga el contrario á mí!

(Se pone en guardia; D. Ramon se retira turbado; Alfredo se quita precipitadamente la levita y el sombrero, coge el florete y se pone tambien en guardia; los rivales se saludan y empieza el combate, dando los dos pruebas de serenidad y destreza; pero Alfredo retrocede á los pocos golpes no pudiendo resistirlos. D. Ramon da muestras de impaciencia y del interés que le inspira el éxito del duelo. Los tres Caballeros, cruzados de brazos, permanecen al fondo.—Alfredo lleva las manos al pecho, y suelta el florete.)

ALFREDO.

¡Ah!

RAMON *(adelantándose).*

(¡Qué espanto!)

ALFREDO.

¡Madre mia!

(Vacila y cae muerto. D. Martin se cuadra impasible, apoyando en tierra la punta del florete. D. Ramon, fuera de sí, se arroja sobre el cadáver.)

RAMON *(desesperado).*

¡Herido en el corazon!

MARTIN *(con calma)*.

Es mi golpe, don Ramon;
no falla.

RAMON.

(¡Qué villanía!)

MARTIN *(á los Caballeros)*.

Aquí ya de más estamos.

CABALLERO 3.°

¡Pobre mozo!

MARTIN.

Fué imprudente,
y murió como un valiente.
Con este son siete.—Vamos.
(Don Martin recoge su ropa y se retira con los Caballeros 2.° y 3.° por la izquierda.)

ESCENA III.

D. RAMON *y* CABALLERO 1.° *Despues el* ALCALDE *y los* AGENTES.

RAMON.

¡Murió! ¡Qué remordimiento!...
¡Ha muerto un hombre! ¡qué horror!...
(Con sarcasmo.)
¡Satisfecho está el honor,
y el mundo estará contento!
(Aparecen por la derecha el Alcalde y los Agentes.)

CABALLERO 1.°

¡La justicia!

RAMON.

¡A tiempo llega!

ALCALDE.

¡Un muerto!

CABALLERO 1.°

De una estocada.

ALCALDE.

¿Duelo?

CABALLERO 1.°

Sí.

ALCALDE.

No he visto nada.
(A los Agentes.)
Vamos; la justicia es ciega.

RAMON *(cerrándole el paso)*.

¡Gritaré!

ALCALDE.

Tambien es sorda.

RAMON.

¡Por allí va el matador!

ALCALDE.

Si ha matado con honor,

hay que hacer la vista gorda.

RAMON.

¡La ley es igual! ¡Un hombre
halla la justicia!...

ALCALDE.

Es cierto;
pero la clase del muerto
al delito da otro nombre.
Hace un momento que aquí
otro cadáver hallé,
y al matador me llevé
á la cárcel.

RAMON.

¡Preso!

ALCALDE.

Sí.

RAMON.

¿Le juzgarán?

ALCALDE.

Irá al palo
por reñir en mal terreno.

RAMON.

¿Por qué ha de morir el bueno
y se ha de salvar el malo?

ALCALDE.

La navaja es de un acero

que envilece su destino;
la ley mata al asesino
y respeta al caballero.
Vamos.
(Sale con los Agentes.)

RAMON.

¡No! ¡La sociedad
así no piensa, es mentira!

CABALLERO 1.°

Tu pobre razon delira;
ese dice la verdad.
(Don Ramon deja caer la cabeza sobre el pecho; en seguida alza la frente, y se dirige al público.)

RAMON.

El hombre que dispone
de ajena vida,
sea noble ó plebeyo,
es homicida.
Hay que guardar
el quinto mandamiento:
«¡No matarás!»
Si matar es delito,
¿qué diferencias
los hombres establecen
con torpes reglas?
Un juzgador
hay por cima del hombre:
¡se llama *Dios!*

FIN.

FÁBULA QUINTA.

LA EDUCACION DE LA MUJER.

PERSONAJES.

DOÑA INÉS.
DOÑA VIOLANTE.
EL CAPITAN RIVERA.
D. GIL.
D. JUAN.
D. CÁRLOS.
UN ALCALDE.
RONDA.

La accion pasa en Ocaña, en 1625.—Reinado de Felipe IV.

Patio con árboles y poyos.—A la izquierda y al fondo la fachada interior de la casa, con balcones; debajo de estos, puerta y rejas.—A la derecha, tapia baja con reja y puerta en medio. —Entre la fachada del fondo y la tapia se supone la entrada al jardin.

ESCENA PRIMERA.

CAPITAN *y* D. CARLOS.

D. CÁRLOS.

Capitan, mucho me huelgo
de que os alojeis en casa;
en ella os ofrezco solo
frugal mesa y limpia cama;
pero la voluntad suple
lo que de grandezas falta.

CAPITAN *(le da la mano).*

Los soldados somos francos,
y nos sobran las palabras.

D. CÁRLOS.

¿Con que volveis victoriosos?

CAPITAN.

¡Qué pregunta! Por España
combatimos; el inglés
huyó en derrota á contarla
á su nuevo rey. ¡Qué golpe!
Llegó á Cádiz una escuadra
de ochenta velas, don Cárlos,

y diez mil hombres ¡qué hazaña!
asaltaron á la torre
del Puntal; la gaditana
gente sucumbió; en seguida
entré con mi tropa brava,
é hice embarcar al inglés
en sus naves destrozadas.

D. CÁRLOS.

¿Vos?

CAPITAN.

Sí: Medina-Sidonia,
el valiente, nos mandaba.
¡Hoy vencedores volvemos!

D. CÁRLOS.

¡Aún la guerra me entusiasma,
que fuí soldado!

CAPITAN.

¿Y os place
vivir oscuro en Ocaña?

D. CÁRLOS.

Capitan, tengo una hija,
de virtudes y de gracia
un portento.

CAPITAN.

(¿No lo dije?
¡Al entrar, olí las faldas!)
Y aquesa joya, don Cárlos,

¿por qué vive sepultada
en este rincon?

D. CARLOS.

No quiero
que la enseñe á malas mañas
la juventud licenciosa
de nuestra córte; el monarca
da el mal ejemplo.

CAPITAN.

Felipe
cuarto es mozo.

D. CÁRLOS.

Retirada
del mundo, fatal escuela,
no pierde el candor el alma,
ni el corazon su secreto.

CAPITAN.

La mujer, mejor se guarda
cuando conoce el peligro.

D. CÁRLOS.

No. ¡Mi Inés es una santa!
Firme persisto en mi idea:
en la vida cortesana
hay mil tropiezos; la educo
á mi manera, y casarla
dispongo con un hidalgo
que la quiere, y á quien ama...
Pero perdemos el tiempo

con inútiles palabras;
el descanso es necesario.

CAPITAN.

Nunca un soldado se cansa.

D. CÁRLOS *(sonriéndose)*.

Los soldados ¿no son hombres?
—Allí teneis preparada
la habitacion.
(Señala al fondo.)

CAPITAN.

Pues al punto,
don Cárlos, voy á ocuparla.

D. CÁRLOS.

Pronto anochece, y temprano
me recojo. Hasta mañana.
(¡Soldados! Bajo mi techo
cobijarlos no me agrada.)
(Entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

CAPITAN.

¡Descubrimiento importante!
¿Hay una niña en la casa?
¿Niña que quiere á un hidalgo,
recogida, mogigata,
que nada sabe de mundo?...
(Riéndose.)

Será preciso enseñarla.
(Asoma doña Inés por una reja, y mientras habla recorre el Capitan el jardin.)

ESCENA III.

CAPITAN *y* DOÑA INÉS.

INÉS.

(Me ha dicho doña Violante
que hay un capitan en casa;
¡pese á la vieja, he de verle,
pues sueño con las batallas!
(Mira al Capitan que baja al proscenio.)
¡Un uniforme! ¡qué lindo!...
¡Figura tiene gallarda!
Me gusta más que don Juan...
¡Ay, si Gil tuviera barbas!)

CAPITAN.

(Estoy muy lleno de polvo;
traigo la tez abrasada,
y no conviene... ¿Quién sabe?
Estas niñas mogigatas
suelen tener los caprichos
diferentes á las damas
de Madrid.—Cuarenta años,
(Contoneándose.)
picardía, buena estampa,
y corazon inflamable...
¡Capitan, nada te falta!)
(Se sienta á la derecha y cavila.)

INÉS.

(Este será muy valiente.

¡Los valientes me arrebatan!)

CAPITAN.

(¿El padre teme á los mozos
cortesanos?—Buenas trazas
de hombre de temple, mi Gil
desde chico demostraba.
En todo saldrá á su padre;
quedó en Madrid con mi hermana,
y pronto voy á abrazarlos.
(Ve á doña Inés en la reja y se levanta.)
Mas ¿qué miro? Es la muchacha.)

INÉS.

(Ya me vió.)

CAPITAN.

(¡Es ella! ¡qué linda!
¡La suerte me la depara!)
(Se acerca á la reja.)
¡Bien haya el sol de belleza
que está deslumbrando á Ocaña!
(Doña Inés trata de retirarse.)
¿Os eclipsais, niña hermosa?
¡Dejais á oscuras mi alma!

INÉS.

Mi padre...

CAPITAN.

Soy huésped suyo;
me alojaron en su casa.

INÉS.

¿Venis de la guerra?

CAPITAN.

Sí.

INÉS.

¡Me muero por las batallas

CAPITAN.

El jardin, con su frescura
os convida á disfrutarla;
venid, que voy á contaros
aquí todas mis hazañas.

INÉS.

¿De veras?

CAPITAN.

Sí.

INÉS.

Voy corriendo,
pues tranquila duerme el aya.
(Se retira de la ventana.)

ESCENA IV.

CAPITAN.

¡Estoy absorto! ¿La niña
tiene aficion á las armas?...
¿Venció mi valor en Cádiz?
Venza mi amor en Ocaña.

ESCENA V.

CAPITAN *y* DOÑA INÉS.

INÉS.

Aquí estoy.

CAPITAN.

¡Me deslumbrais!
¡Sois bella y graciosa!

INÉS *(turbada)*.

¿Yo?...

CAPITAN.

¿Os desagrada?

INÉS *(sonriéndose)*.

No, no:
me gusta que lo digais.
Lo mismo dicen don Juan
y el otro.

CAPITAN *(sorprendido)*.

¡El otro!... ¿Quién es?

INÉS *(vacilando)*.

Yo...

CAPITAN.

Sé callar, doña Inés;
contadme...

INÉS.

No, capitan...
Un jóven...

CAPITAN.

Me lo figuro.
(¡Hay un tercero en campaña!)
¿Habrá algun mozo en Ocaña
que no os adore?

INÉS.

(¡Qué apuro!)

CAPITAN.

¡Al veros, se me inflamó
el alma!

INÉS.

¿Sí, capitan?
Lo mismo dijo don Juan
cuando aquí me conoció.

CAPITAN.

¿Sí? (Pues tomaré otro tono
que nueva fibra te hiera.)
Ese don Juan no es tronera;
será un hombre... monotono;
hombre frio, siempre igual,
sin lances, sin emociones;
uno de esos corazones
que no se mueven.

INÉS.

¡Cabal!

CAPITAN.

Ajeno al alma mezquina,
existe en la vida un goce
que el cobarde desconoce
y que el valiente adivina.
¡El peligro! ¡la emocion
que con él el alma siente,
sin que en el combate aumente
un latido el corazon!
¿Cómo se puede querer
á un hombre que no se agita?
—¡Eso es lo que necesita
el alma de la mujer!

INÉS.

¿Y vos?

CAPITAN *(con fuerza)*.

¡Yo soy una fiera!
Vencedor vuelvo á Madrid,
que soy más bravo que el Cid...
(Con voz estentórea.)
¡Soy el capitan Rivera!
(Mira á su alrededor.)
¿No os parece que ese muro,
doña Inés, solo á mi nombre
ha temblado?—¡Soy un hombre
fiero!

INÉS *(con espanto)*.

¡Ha temblado!

CAPITAN.

¡Seguro!
—¿Leido habreis mil campañas
en los anales de guerra?
—¡Son nada! Mi historia encierra
mayor número de hazañas!

INÉS *(cortada)*.

Capitan, no sé leer.

CAPITAN.

¿No?

INÉS.

Mi padre no ha querido,
pues dice que han pervertido
los libros á la mujer.
Horror me inspiró profundo
á los hombres; no sé nada;
vivo en Ocaña enterrada
y soñando con el mundo.
Todo así me causa pasmo;
contadme alguna victoria;
yo no conozco la gloria,
mas con ella me entusiasmo.

CAPITAN *(le coge una mano)*.

La gloria enardece y llama
al soldado á combatir,
que alegre corre á morir
por su rey y por su dama.

INÉS.

¡Ah! ¿quién el valor no amó?

¡Con un valiente he soñado!

CAPITAN.

Recordad si era soldado.
(Porque entonces seré yo.)

INÉS.

Es galan, mozo, valiente,
vestido con ricas galas,
y como un ángel, con alas
que me refrescan la mente.
¡Mi pecho, al verle, le amó!

CAPITAN.

¿Es exacta la pintura?

INÉS.

Os retraté su figura.

CAPITAN.

(Pues si es ángel, no soy yo.)

ESCENA VI.

Dichos. D. GIL *(por la puerta de la tapia).*

D. GIL.

¿Aquí un hombre?

INÉS *(le sale al encuentro).*

¡Gil!

CAPITAN.

(¡Ay Dios!

¿Estoy ciego?—No: ¡es mi hijo!)
(Se emboza y se cubre el rostro.)

D. GIL *(al Capitan).*

¿Quién sois?

CAPITAN *(con sorna).*

No sé.

D. GIL.

Pues de fijo
uno sobra de los dos.
(Saca la espada.)

INÉS *(deteniéndole).*

¡Gil!

D. GIL.

Deja que...

INÉS.

¡No te dejo!

D. GIL.

(¡Le mato!) ¡Fuera el embozo!

CAPITAN *(burlándose).*

Me pareceis algo mozo.

D. GIL.

Vos pareceis algo viejo.

CAPITAN.

(¡Es audaz el niño! Nada

le falta; á su padre sale.)

D. GIL.

Para reñir, lo que vale
es buen brazo y buena espada.
Esgrimid la vuestra pronto,
que nada importa la edad.

CAPITAN.

Mozo, la espada guardad.
¿Para qué reñir? ¿Sois tonto?

D. GIL.

¿Me insultais?

INÉS *(con alegría)*.

(Van á reñir.)
(Se sienta en un poyo, á la izquierda.)

CAPITAN.

¿Quién sois vos?

D. GIL.

Esa pregunta
os hago yo con la punta
de mi acero.

(Le tira una estocada, quedándose en guardia. El Capitan huye el cuerpo, y sin descubrirse, desenvaina la espada.)

CAPITAN.

¡Hola! ¡A morir!
(Le desarmo en el instante.)

D. GIL.

¡En guardia!

CAPITAN *(con sorna)*.

Prisa teneis.

D. GIL *(irritado)*.

¡Y mucha!

CAPITAN.

¡Ved que os perdeis!

D. GIL.

¡Soy de doña Inés amante!
(Se asoma D. Juan á la reja de la derecha).

ESCENA VII.

Dichos y D. JUAN.

CAPITAN.

¿Qué decis? ¿Su amante vos?
No, no: me quiere y la quiero.

D. JUAN.

(¿Cómo?)
(Se retira de la reja.)

D. GIL *(furioso)*.

¡Mentis, caballero!

CAPITAN.

Pues entonces somos dos.

D. JUAN *(entra por la puerta de la tapia).*

Entonces seremos tres.

INÉS.

¡Don Juan!

CAPITAN.

Vos ¿quién sois?

D. JUAN.

Yo soy
el novio; á casarme voy
muy pronto con doña Inés.

D. GIL *(al Capitan).*

Descubríos, caballero.

CAPITAN.

Os va á pesar.

D. JUAN.

(¡Bravos son!)

D. GIL.

¡En busca del corazon
va la punta de mi acero!
(Le tira una estocada, y el Capitan la pára.)

D. JUAN.

(¡Qué miedo!)
(Se retira al fondo.)

CAPITAN *(se acerca á doña Inés).*

Mi faz tapada
á enseñarle al punto voy;
en cuanto sepa quien soy,
al suelo tira la espada.

D. GIL.

¡Risa me dais!

CAPITAN *(se dirige á don Gil).*

¡No os asombre!
(Se desemboza y dice con fuerza.)
¡Soy Rivera el capitan!

D. GIL *(se turba y suelta la espada).*

(¡Mi padre!)

CAPITAN *(aparte á don Gil).*

¡Calla!

INÉS *(á don Juan, con asombro).*

¡Don Juan!...

CAPITAN *(á doña Inés, con aire de importancia).*

¡Ved el poder de mi nombre!
(A don Gil.)
Es claro: no riñen dos
si uno no quiere reñir.
Voy á matar ó á morir.
(A don Juan.)
Caballero, soy con vos.
(Se pone en guardia, y D. Juan da un salto para atrás.)

D. JUAN.

¡Jesús! ¡No riño!

CAPITAN.

¿Por qué?

D. JUAN.

¿Por qué?... Porque media un voto,
capitan, que nunca he roto,
y que nunca romperé.

CAPITAN.

¿No os batis?

D. JUAN.

No: no me bato.

CAPITAN *(riéndose)*.

¿No conoceis el valor?

D. JUAN.

Le conozco, sí, señor;
de vista, mas no de trato.

INÉS *(á don Juan)*.

¿Es miedo?

D. JUAN.

¡Ca! No me encuentro,
doña Inés, seguro aquí,
que no respondo de mí.



CAPITAN *(frunce el ceño).*

¿Cómo?

D. JUAN *(tiembla y coge del brazo á doña Inés*

Nada, nada.—Adentro.

(Se lleva á la fuerza á doña Inés, y entran por quierda. El Capitan se rie y envaina la espada. vuelve en sí y recoge la suya.)

ESCENA VIII.

CAPITAN *y* D. GIL.

CAPITAN.

¡Muy bien! Llegó la ocasion,
que solos nos han dejado.

D. GIL *(cruzándose de brazos).*

Sí: ya todos se han marchado.
—Padre, comience el sermon.

CAPITAN.

¿Ese descaro, atrevido,
con tu padre?

D. GIL.

¿Y os extraña?

CAPITAN *(le coge de la oreja).*

¿Cómo te encuentro en Ocaña?

D. GIL.

Me encontrais... porque he venido.
(Se suelta y se hace para atrás.)

CAPITAN.

¿Cómo?

D. GIL *(con altanería).*

Llevo vuestro nombre
y conservo su opinion;
me insultais...

CAPITAN.

(Tiene razon.)

D. GIL.

¡Ved, padre, que soy un hombre!
¿Vuestra mente no càlcula
que mi honor es vuestro honor?
Decid: ¿qué sangre, señor,
por estas venas circula?

CAPITAN *(con entusiasmo).*

¡Ah! ¡No lo puedes negar!
¡Ese ardimiento es el mio!
¡A un lado, pues, el desvío!
¡Ven, que te quiero abrazar!
(Se abrazan.)

D. GIL.

¡Os reconozco!

CAPITAN.

Mereces
mi amor; eres deslenguado,
desenvuelto y arrojado.

En todo te me pareces.

D. GIL.

Es verdad.

CAPITAN.

He comprendido
la razon que vas á darme;
sin duda para esperarme
desde Madrid has venido.

D. GIL.

No, señor. Un mes va á hacer
que estoy escondido aquí.

CAPITAN.

¡Escondido! ¿Es cierto?

D. GIL.

Sí.
Huyendo de una mujer.

CAPITAN.

¡Hola!

D. GIL.

Y mejor decir puedo,
huyendo de su galan.

CAPITAN.

¿Cómo, Gil?

D. GIL.

Donde las dan
las toman.

CAPITAN *(indignado).*

¿Tuviste miedo?

D. GIL.

El amante me retó...

CAPITAN.

¿Y tú al duelo no asististe?

D. GIL *(con orgullo).*

Le dí una estocada.

CAPITAN *(le da la mano con satisfaccion).*

¡Hiciste
lo mismo que hiciera yo!

D. GIL.

¡Claro! ¡Me ví provocado!...

CAPITAN.

(El mozo no empieza mal.)
Oye, Gil, y sé formal;
ven, y siéntate á mi lado.
(Se sientan.)

D. GIL.

Hablad, padre.

CAPITAN.

No me has dicho
donde viste á doña Inés.

D. GIL.

Aquí mismo.

CAPITAN.

¿Aquí la ves?
¿Será tu amor un capricho?

D. GIL.

¡Es mi delirio!

CAPITAN *(sorprendido)*.

¿La quieres?

D. GIL.

¡Ella me arrebata el juicio!

CAPITAN *(con ironía)*.

¿Y la otra?...

D. GIL *(riéndose)*.

¡Ved el perjuicio
de que haya tantas mujeres!
A Inés quiero con locura
por su virtud y candor.

CAPITAN.

¡Inconsecuente es tu amor!

D. GIL.

Pero ¿no veis su hermosura?

CAPITAN.

Es bella.

D. GIL.

La conocí.

D. JUAN.

¡Qué disparate!
Aún estais fresca, robusta,
y esbelta, doña Violante.

VIOLANTE.

¿De veras?

D. JUAN.

¡Justo! (Su cara
es un orejon de carne.)
Doña Inés de mí se burla
porque no acepto un combate
que dos locos me proponen.

VIOLANTE.

Hay un medio.

D. JUAN.

¿Cuál?

VIOLANTE.

Dejarse
matar.

D. JUAN.

¡Idea sublime!
¡Pero es demasiado grande!...
¡Ay! yo me muero por ella,
mas no quiero que me maten.

VIOLANTE.

Pues no los echais de casa;
el duelo es inevitable.

D. JUAN.

Me ocurre otra gran idea;
escuchad, doña Violante.
Reto al capitan, primero,
y como es valiente, sale
esta noche aquí; yo soy
muy amigo del alcalde;
trás de esa puerta le escondo,
y cuando empiece el combate,
me escapo, y la ronda lleva
al capitan á la cárcel.

VIOLANTE.

¡Muy bien!

D. JUAN.

Estad prevenida;
voy á avisar al alcalde.
Al volver, toso; y haceis
que doña Inés aquí baje.
(Se detiene en la puerta de la tapia.)
¡Ah! cuando cerreis la puerta,
dejad sin echar la llave.

(Se va. Doña Violante entra por la izquierda, y don Gil sale de los jardines con un ramo de flores en la mano.)

ESCENA XI.

D. GIL.

¡Yo siempre firme en mi puesto!
¿Se habrá marchado mi padre?
Si un ingenio de la córte

en una comedia usase,
como recurso, este encuentro,
pasara por ignorante.
¿En dónde sino en el mundo
suceden casualidades?
—A Inés escribo una carta
á fin de que se prepare
para la fuga esta noche...
La carta quiero entregarle,
y me ocurre un medio. Subo,
(Señala al balcon.)
doy un toque en los cristales,
y en el balcon dejo el ramo.
¡El tiempo vuela! ¡Al ataque!

(Sube por la reja, y aparece don Juan por la puerta de la tapia.)

ESCENA XII.

D. GIL *y* D. JUAN.

D. JUAN.

(¿Qué miro?... ¡Es corto de genio
el galan! ¡Ama en el aire!)
(A don Gil.)
Subid con mucho cuidado.

D. GIL *(sorprendido).*

(¡Es don Juan!)
(Se baja del balcon.)

D. JUAN *(empuña).*

(¡Voy á matarle!
(Se detiene.)

Mas le perdono la vida,
que me da miedo la sangre.)

D. GIL.

Pues que me habeis sorprendido
y pudiérais delatarme,
fuerza es que os corte la lengua
y que los ojos os saque.

D. JUAN *(con terror).*

¡Jesus! ¡Yo no he visto nada!
¡No temais, don Gil, que hable,
que soy sordomudo y ciego!

D. GIL.

¿No sabeis que soy amante
de doña Inés?

D. JUAN *(con miedo).*

Yo creia
que era yo el que iba á casarse
con ella...

D. GIL.

¿Qué dices?

D. JUAN.

¡Calma!
No hay motivo para un lance.
¡Soy hombre prudente!

D. GIL.

Sedlo,

si no pretendeis que os mate.
(Váse.)

D. JUAN *(paseándose agitadamente por la escena).*

¡Quién fuera valiente!... ¡El mozo
tiene candela en la sangre!...
La noche se viene encima;
con los dos daré en la cárcel.

(Se asoma doña Inés al balcon, ve á don Juan y recoge el ramo.)

ESCENA XIII.

D. JUAN *y* DOÑA INÉS.

INÉS.

¿Qué es esto? ¿Un ramo de flores?

D. JUAN.

(¡Fué don Gil quien lo subió!)

INÉS.

¿Fuisteis vos?

D. JUAN.

Lo puse yo
en prenda de mis amores.

INÉS.

¿Tambien escalais las rejas?

D. JUAN.

Tambien, doña Inés.—Bajad.
(Doña Inés se retira del balcon.)

Voy á saber la verdad;
y le daré amargas quejas.

INÉS *(con el ramo en la mano).*

Aquí estoy.

D. JUAN.

Adios, ingrata.

INÉS.

Sois, don Juan, mal caballero.

D. JUAN.

¿Porque batirme no quiero?
¿Y si el capitan me mata?

INÉS.

En tal caso, es lo mejor
que hacer podeis.

D. JUAN.

Doña Inés,
si él me matara, despues
suyo fuera vuestro amor.
Y aunque os queremos los dos,
es más grande mi cariño.
¡Ese don Gil es un niño!

INÉS.

Pues me gusta más que vos.

D. JUAN *(mirándose).*

No encuentro el motivo.

INÉS *(riéndose).*

¿No?

D. JUAN.

Soy rico, noble y honrado,
y yo soy mejor formado,
y no os ama como yo.

INÉS.

No obstante...

D. JUAN.

Vino despues,
y amásteis la novedad...
¡Sexo mudable!—Escuchad,
dos palabras, doña Inés.

(La coge del brazo y dice con tono sentencioso.)

Si del cielo los ángeles bajaran
con ellos las mujeres se casaran;
si despues, del infierno los demonios
consiguieran subir, se divorciaran
para hacer con los diablos matrimonios.

INÉS.

Os presta gracia el amor.

D. JUAN.

¡Amor mal correspondido!

INÉS.

Por que me habeis divertido,
voy á daros una flor.

(Registra el ramo, y al sacar la flor, cae una carta, que don Juan recoge sorprendido.)

INÉS.

¿Carta á mí? ¿Habeis olvidado,
don Juan, que no sé leer?

D. JUAN *(turbado)*.

¡Oh, sí!... ¿No lo he de saber?...
Pero estaba trascordado.
(¡Del mozo me he de vengar!)
¡Me trastornais la cabeza!
—Pues á anochecer empieza,
idos al punto á acostar.

INÉS.

Adios, y ceded.

D. JUAN.

No cedo:

INÉS *(burlándose)*.

Son muy valientes, don Juan,
el mozo y el capitan.

D. JUAN.

¡Qué! Ya no les tengo miedo.
(Doña Inés entra por la izquierda.)

ESCENA XIV.

D. JUAN. *Despues el* CAPITAN.

D. JUAN.

¿Ama á don Gil? ¿Lo confiesa?

¿Y de mí se burla?... Voy...
(Con decision.)
á sorprender su secreto.

(Abre la carta.—El Capitan se asoma al balcon del fondo.)

CAPITAN.

(Es don Juan.—Las ocho son.)

D. JUAN *(lee)*.

«Amada Inés: como siempre
á las ocho vendré yo,
y dejarás una casa
donde me roban tu amor.
Los caballos tengo listos,
y me sobra decision.»

CAPITAN.

(¿Está leyendo?)

D. JUAN.

(¿Una fuga?)

(Anochece.)

CAPITAN.

(Algo trama. Abajo voy.)
(Se retira del balcon.)

D. JUAN.

¿Esas tenemos? No sabe,
don Gilito, quien soy yo.
(Se da una palmada en la frente.)
¿Viene el alcalde á las ocho?

Voy á prender á los dos.
(Sale el Capitan. Al verle, don Juan esconde la carta.)

CAPITAN.

Buenas noches.

D. JUAN *(con altanería.)*

Capitan,
celebro que la ocasion
favorable se presente,
porque quiero hablar con vos.

CAPITAN.

Empezad.

D. JUAN.

Decid: ¿amais
á la mujer que amo yo?

CAPITAN *(con imperio).*

Esa pregunta...

D. JUAN *(mirando hácia la tapia).*

Os suplico
que no alceis aquí la voz.

CAPITAN *(empuñando).*

¡Qué tono! ¿Olvidais sin duda
que la espada es mi razon?

D. JUAN.

Esperad. (Sin que la saque,
por convencido me doy.)

Hay una mujer por medio,
y pues la amamos los dos
decidir debe la espada
quien ha de obtener su amor.

CAPITAN *(con burla).*

¿Os habeis hecho valiente?

D. JUAN.

Cuando llega la ocasion...

CAPITAN.

Hablemos, pues, como amigos,
y estése quedo el honor.

D. JUAN.

(¡Me tiene miedo el soldado!
Vamos: será un fanfarron.)
(Con altanería.)
Capitan, esas palabras
aquí sobran, porque yo
amo á doña Inés; sabedlo.
¿Os palpita el corazon?
¡No es extraño!

CAPITAN *(exaltado).*

¡Miserable!
¡A beber tu sangre voy!

D. JUAN.

(¡Dios me valga!) ¡Deteneos!
(¡El capitan es feroz!)
(D. Juan se retira por el fondo, y el capitan le busca en

la oscuridad con la espada desnuda. Don Gil entra por la puerta de la tapia.)

ESCENA XV.

Dichos. D. GIL. *A su tiempo,* DOÑA INÉS *y* D. CÁRLOS.

D. GIL.

(No está cerrada la puerta;
¡es extraño! ¡Vive Dios!
¡Me protege la fortuna!)
(Don Gil, que se adelantaba al proscenio, tropieza con el Capitan, que retrocede.)

CAPITAN.

¿Quién va?

D. GIL.

(¡Me he perdido!) Yo.

CAPITAN.

(¡Es don Juan!)

D. GIL.

(Don Juan es este.)

CAPITAN.

¡En guardia, pues!

D. GIL *(saca la espada).*

¡Ah traidor!
(Se baten, buscándose en la oscuridad.)

D. JUAN.

(¡Andan espadas! ¡Qué gusto!
¡Se están batiendo los dos!)
(Se esconde detrás de un árbol.)

INÉS *(desde el balcon).*

(¿Riñen?)

D. GIL.

(¡Se esconde!)

CAPITAN.

(¡Huye el cuerpo!)

D. CÁRLOS *(se asoma al segundo balcon).*

¡Bulla! ¿Riñen? ¿Quiénes son?
(Se retira del balcon.)

D. JUAN.

Yo no llamo á la justicia;
¡que se maten es mejor!

INÉS.

(¿Será Gil? ¡Están á oscuras!
¡Le matan! ¡Temblando estoy!)

D. CÁRLOS *(sale precipitadamente y saca la espada).*

(¿Quién en mi casa se atreve?)
¡Venid acá! ¡Soy con vos!
(Siguen batiéndose los tres, sin que nunca se encuentren más que dos espadas.)

CAPITAN.

(¡El combate dura mucho!)

D. CÁRLOS.

¡Aquí!

D. GIL.

(¡Cansándome voy!)

(Se adelanta don Gil, tira una estocada por detrás del árbol y atraviesa el brazo á don Juan, que cae sobre un poyo, gritando. Al mismo tiempo, don Cárlos y el Capitan se han tirado á fondo, clavando sus espadas en dos puertas.)

D. JUAN.

¡Ah, socorro! ¡Me han matado!
(Todos se detienen.)
¡Ay! ¡la justicia! ¡favor!

D. CÁRLOS.

(¡La justicia!)

INÉS.

(¡Dios le valga!)
(Se retira del balcon.)

D. GIL.

(¿La justicia? ¡Muerto soy!)

(Se deja caer al suelo. Entran el Alcalde y la ronda, con faroles; recorren el patio y se detienen delante de don Gil. Don Juan se ata un pañuelo en el brazo herido.)

ESCENA XVI.

Dichos. ALCALDE *y* RONDA. *Despues* DOÑA INÉS.

D. CÁRLOS *(al Capitan).*

¿Qué sucede? Contestad;
¡un escándalo en mi casa!

CAPITAN.

No sé, don Cárlos, qué pasa.

ALCALDE.

No es nada: un muerto.—Mirad.
(La ronda acerca los faroles á la cara de don Gil.)

CAPITAN *(aterrado)*.

¡Santo Dios! ¡mi Gil!

D. CÁRLOS.

¡Qué horror!

D. JUAN *(con alegría)*.

(¿Con que le maté? ¡Qué suerte!)

CAPITAN *(desesperado)*.

(¿Con que yo le dí la muerte?)

D. CÁRLOS.

(¿Con que soy el matador?)

INÉS *(sale desolada)*.

¡Ah! ¡Mi Gil!

D. JUAN.

(¡Éramos tres!)
(A doña Inés.)
Vuestra es la culpa: ¡está yerto!

INÉS.

¡Qué dolor! ¡Mi Gil ha muerto!

D. GIL.

Sí: ¡muerto de amor, mi Inés!
(Se levanta y todos manifiestan su sorpresa. El Capitan le abraza con alegría.)

INÉS.

¡Gil!

CAPITAN.

¿Vives?

D. GIL.

Así parece:
y vivo, Inés, para tí,
como siempre; vine aquí
á buscarte.

INÉS.

Bien merece
tu amor que premie tu arrojo.

D. CÁRLOS *(se interpone)*.

¿Qué decis? ¡Mancebo, atrás!

D. GIL *(con ironía)*.

Que me quiere: nada más.

D. CÁRLOS.

¡Habla, Inés! ¡Teme mi enojo!

CAPITAN *(á don Cárlos)*.

No. Ya perdisteis el juego;
siendo ella mujer, es lista;

vos, padre, corto de vista;
don Juan, como amante, ciego.

D. CÁRLOS *(irritado).*

¿Qué pasa? Quiero saber...

D. GIL.

Sin que lo advirtiérais vos,
nos hemos visto los dos.

CAPITAN.

(¡El demonio es la mujer!)

D. GIL.

Don Cárlos, la hablé, me amó,
y es cosa ya convenida;
si hay quien desprecie su vida,
que me la dispute.

D. JUAN *(que estaba pensativo, desenvaina la espada).*

¡Yo!

D. GIL *(recoge del suelo la suya).*

¡Vamos!

CAPITAN *(le sugeta el brazo).*

¡Quieto! El corazon
le engaña.

D. JUAN.

¡No! (¡A que le mato!)

D. GIL.

Dejad...

D. JUAN *(se pone en guardia).*

¡Con los dos me bato!
¡Al punto! ¡Soy un leon!
(El Capitan contiene á don Gil.)
¡Ya he recibido el bautismo
de sangre!
(Señala á su brazo vendado.)

ALCALDE.

¡Téngase al rey!

D. JUAN *(con brio).*

¡Ya ni respeto la ley!
¡Atrás!
(Acomete al Alcalde y vuelve al proscenio.)
¡Me tiemblo á mí mismo!

CAPITAN.

Entra la espada en el pecho,
pero no entra la pasion.

D. JUAN *(señalando á doña Inés).*

No: sobré su corazon
tengo adquirido un derecho.
¡Y no lo sufro! Su amor
me infunde en este momento
ese soberano aliento
que el mundo llama valor.
Sí, sí, capitan: la quiero;
y yo, que cobarde soy,
dispuesto á hacer frente estoy
por su amor al mundo entero.

CAPITAN.

Ella no os ama; os desprecia.

INÉS.

Ya veis...

D. JUAN.

¡Mi sangre han vertido
por vos!

CAPITAN.

Nunca os ha querido.

D. JUAN.

¡Ella se lo pierde, necia!
(A doña Inés.)
¿Y por devaneos locos
me despreciais, inclemente?

INÉS *(riéndose)*.

Sí.

D. JUAN.

Pues perdeis un valiente,
y un marido... como pocos.
(Agita en el aire la espada.)
¿No hay quien pruebe mi valor?...
¡Hoy, espada, te han temblado!
¡Sin razon, no te he sacado,
y te envaino con honor!
(Envaina la espada, y dice á doña Inés.)

Desgraciada habreis de ser,
sin mi amor; seguro estoy.
Adios, ingrata, me voy...
(Cambia de tono.)
á buscar otra mujer.

(Sale contoneándose. Don Gil y el Alcalde van á seguirle y el Capitan los detiene.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, ménos D. JUAN.

CAPITAN.

Dejadle: no es su pasion
ofensiva, ni su espada;
lleva una espina clavada
en medio del corazon.

(A don Cárlos que se habia sentado, pensativo, en un poyo.)

Don Cárlos, esa tristeza
en este instante ¿á qué viene?
Motivo á mi ver no tiene...
Vamos, alzad la cabeza.
Mi hijo don Gil de Rivera
ama á doña Inés; es justo
casarlos; si el ceño adusto
dais en guardar, me ofendiera.
No es posible que no os cuadre;
mirad: le sobra riqueza,
buena figura y nobleza:
el retrato de su padre.

INÉS *(á don Gil).*

¿Es tu padre?

D. GIL.

Sí, por cierto,
que si mi padre no fuera,
á fe de Gil de Rivera
que antes yo le hubiese muerto.

CAPITAN *(con entusiasmo).*

¡Bien!

D. CÁRLOS *(se levanta y dice á don Gil).*

¿En mi casa, traidor
entrasteis?

CAPITAN.

¡Sois muy cruel!
No entraba, don Cárlos, él;
quien entraba era el amor.
(Don Cárlos se sonrie.)
—¡Cambia el gesto!—¡Os casaré!
(A don Gil.)
Serás marido y amante;
pero escucha: en adelante
yo á la niña educaré.

INÉS.

¡Nos casamos!

D. GIL.

¡Serás mia!

D. CÁRLOS.

¿Qué es eso?

CAPITAN.

A casarse van.

D. CÁRLOS *(riéndose)*.

¡Aquí mandais, capitan,
como en vuestra compañía!

CAPITAN.

Es una falta de juicio
no educar á la mujer:
de niña debe aprender
en donde está el precipicio.

D. CÁRLOS *(abrazando á los jóvenes)*.

Hijos, conozco mi error.

CAPITAN *(riéndose)*.

En amor soy muy profundo,
y os diré cuál en el mundo
es la escuela del amor.
La niña retirada
con amor sueña,
y aprende, como todas,
sin más escuela.
Llama el amor
á su puerta, y responde
el corazon.
No sirven los cerrojos,
rejas, ni llaves,

porque el amor penetra
por todas partes.
El niño-amor
no tiene otro maestro
que el corazon.

FIN.

FÁBULA SEXTA.

EL DINERO Y LA HERMOSURA.

PERSONAS.

LUCILA.
DOÑA TERESA.
PETRA.
D. MARIANO.
ISIDORO.
JULIO.
GUILLERMO.

La escena pasa en Madrid.—Época contemporánea.

CUADRO PRIMERO.

Gabinete decentemente amueblado. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

ISIDORO, JULIO *y* GUILLERMO *(almorzando)*.

JULIO.

¡A cuerpo de rey te tratan!
Mi patrona es una vieja
con la cara de vinagre;
sufro azotes y galeras:
¡el estofado perpétuo!

ISIDORO.

Aquí no; doña Teresa,
el fénix de las patronas,
es señora muy discreta,
cariñosa, limpia...

GUILLERMO *(con asombro)*.

¿Limpia?

ISIDORO.

Sí.

GUILLERMO.

¿Patrona y con limpieza?

JULIO (*riéndose*).

¿Limpia, fija y da esplendor?
¡Es rival de la Academia!

ISIDORO.

¡Pobre señora! Su esposo,
que siempre sirvió en Hacienda,
aunque fué vista en la Habana
murió en la mayor miseria.

GUILLERMO.

¡Vista y pobre! ¡Esta familia
está de non en la tierra!

JULIO.

¿Hay más huéspedes?

ISIDORO.

Hay otro:
un tal don Mariano Ojeda;
hombre de bien y muy franco:
há poco vino de América,
con mucha plata; es padrino
de Lucila, y se interesa
por la casa.

JULIO.

¡Qué! ¿Lucila?
¿Por qué no me la presentas?

ISIDORO (*sonriéndose*).

Viven aquí tres mujeres
que no son mujeres.

GUILLERMO.

¡Buena
lógica!

ISIDORO.

Sí: mi patrona
no es mujer.

JULIO *y* GUILLERMO.

¿Qué?

ISIDORO.

¡Es una vieja!

JULIO.

¡Ah! ¡tienes razon!

GUILLERMO.

Convengo.

ISIDORO.

Hay tambien una doncella...

JULIO.

¡Cómo!

ISIDORO *(burlándose).*

De labor.

GUILLERMO.

¡Distingo!...

ISIDORO *(riéndose).*

No es mujer; es una hembra.

JULIO.

No estoy de acuerdo; proclamo
la igualdad, pues siendo bellas
me gustan flacas y gordas,
medianas, blancas, morenas,
de sangre azul y amarilla,
bajas, altas, sabias; necias...

GUILLERMO.

La primera porque sirve
y la segunda por vieja
no son mujeres; veamos
qué dices de la tercera.

ISIDORO.

Voy: la hija de mi patrona
es una jóven discreta,
amable...

JULIO.

¿Amable? ¡Mal síntoma!

ISIDORO.

Es de la virtud emblema;
un epitafio ambulante,
una humana enciclopedia
de todo lo bueno; pero
no es mujer.

GUILLERMO *(asombrado)*.

¿No?

ISIDORO.

Porque es fea.

JULIO.

¡Vade retro!

ISIDORO.

¿Quién confunde
á las feas con las bellas?

JULIO.

¡Qué tres mujeres! Tu casa
es una casa de fieras.

GUILLERMO.

¿Cómo se llama la chica?

ISIDORO.

Se llama Lucila Ortega.

GUILLERMO.

La conozco; en su figura,
amigo mio, exageras;
no es bonita, pero tiene
gracia y mucha inteligencia.

ISIDORO.

Guillermo siempre lo mismo:
defensor de las flaquezas
humanas; siempre patrono
de las feas y las bellas.

GUILLERMO.

Digo verdad, pues Lucila

no me parece tan fea.

JULIO.

¡Pobre y fea! ¡es una ganga!
¿Quieres casarte con ella?

GUILLERMO.

No: no es cara que me gusta
la cara de la pobreza.
Isidoro es rico, y...

ISIDORO.

¡Calla!
¡Temo al amor de una fea!
—La mujer, no siendo hermosa,
solo me inspira dolor;
en el jardin del amor
la fea es una babosa.
Casi nunca las pasiones
despierta; ¿quién la ha de amar?
Cupido, al verla llegar,
le cierra los corazones.
Ella, con lazo sutil,
al hombre prende y amarra,
pues no suelta cuando agarra,
que es en amor alguacil.
Así, le estudia, le acecha,
le irrita y luego le calma,
y tiene para su alma
en los ojos una mecha.
Le acosa, mima y halaga,
le enciende con su cariño,
y el imbécil, como un niño,

sin ver la muerte, se embriaga.
Es verdad; tiene sujeto
siempre una fea á su amante,
que la adora y le es constante
porque ignora su secreto.
Es su amor una delicia;
como nunca se ha gastado,
goza el hombre enamorado
la verdadera primicia.
Si es diosa, no unce á su carro;
si es flor, es rosa marchita;
su amor, esencia exquisita,
pero en vasija de barro.

JULIO.

¡Bien pintas á la mujer!

GUILLERMO.

Muy bien. Vamos al billar.
(Se levantan.)

ISIDORO.

Allí podeis esperar,
pues tengo en casa que hacer.

(Julio y Guillermo se van por el fondo. Isidoro por la derecha.)

ESCENA II.

PETRA *(por el fondo, sigue con la vista á los jóvenes).*

Son buenos mozos; me gustan...
(Quita el servicio de la mesa.)
Es mejor mi señorito;
es amable y me requiebra

y me da sus regalillos...
De seguro me prefiere
á la señorita; miro
que le sigue con los ojos...
Don Mariano está intranquilo,
y vela mucho por ella...
¿Querrá ser más que padrino?
Mira de un modo que asusta
y está siempre pensativo;
lo cual me parece extraño:
¿quién piensa siendo tan rico?

(Va á retirarse por el fondo, con el servicio del almuerzo, y don Mariano, que sale por la izquierda, la detiene.)

ESCENA III.

D. MARIANO *y* PETRA.

MARIANO.

Aguarda, Petra.

PETRA.

Señor...

MARIANO.

¿Salió?

PETRA.

¿Quién? ¿El señorito?
Está en su cuarto.

MARIANO *(la coge del brazo y le dice con misterio).*

¿Una carta
recibió ayer?

PETRA *(pone encima de la mesa el servicio del almuerzo).*

Sí; la he visto,
porque entró la señorita
en su aposento conmigo,
y la leyó.—Era de Clara,
la sobrina de su tio.

MARIANO.

¿Qué dices?

PETRA.

Aquella jóven
con unos ojos dormidos,
que lleva un moño muy grande,
y está siempre al ventanillo
con un alférez.

MARIANO.

¡Chismosa!

PETRA.

Todo lo sé, porque atisbo.
Cuando le entregué la carta,
se puso hecho un basilisco,
y llamó á Clara coqueta,
y otras muchas cosas dijo...
Hace mal la señorita
en querer al señorito.

MARIANO *(con ira).*

¡Silencio!

PETRA.

Yo nada invento:

ella misma me lo ha dicho.

MARIANO.

Callar te conviene.—Toma
para comprarte un vestido.
(Le da una moneda.)

PETRA.

Muchas gracias. (¡Dios bendiga
á las Indias!)

MARIANO.

Necesito
que hagas creer á Isidoro
que un caballero ha querido
sobornarte, porque ama
á Lucila con delirio.

PETRA.

Le engañaré.

MARIANO.

Con los otros
mucho silencio te exijo.
(Entra por la izquierda.)

ESCENA IV.

PETRA. *Despues* ISIDORO.

PETRA.

Callaré como una muerta,
que conviene á mi bolsillo.
(Mirando á la derecha.)

¡Ah! don Isidoro viene.
De un abrazo no me libro.

ISIDORO.

¿Aquí andas tú, charlatana?

PETRA.

Sí.

ISIDORO.

Tengo que hablar contigo.
Acércate un poco.

PETRA.

Bueno;
pero tenga usted juicio.

ISIDORO.

No te alarmes.—Una cosa
averiguar necesito.
Recibí ayer una carta
de una dama, y por olvido
la dejé sobre la cómoda...

PETRA.

¿Una carta con un niño
dorado sobre la oblea?

ISIDORO *(riéndose)*.

Era un Cupido.

PETRA.

¿Un Cupido?...
Cuando se fué de mi pueblo

mi novio, que cayó quinto,
tambien me pintaba flechas
con su sangre en el escrito.

ISIDORO.

La carta estaba arrugada:
atrevida, ¿la has leido?

PETRA.

Solo hallo un inconveniente,
y muy grande, señorito.

ISIDORO.

¿Cuál?

PETRA.

Que me estorba lo negro. .
Allá en mi pueblo, un sobrino
del fiel de fechos, muy guapo,
era...

ISIDORO.

¡Calla!—¿Quién ha sido?
He encontrado muchas veces
mis papeles y mis libros
revueltos...

PETRA *(con misterio)*.

Si usted se calla,
le contaré lo que he visto.

ISIDORO.

¡En tu poder un secreto!

PETRA.

Lo conté solo á un vecino,
al carbonero de enfrente,
al guardia civil, mi primo,
al asistente de arriba,
y al aguador; son amigos,
y no hablarán.

ISIDORO.

¡Ya lo sabe
todo el barrio!

PETRA.

En ellos fio.

ISIDORO.

Habla; callaré por todos.

PETRA.

No diga usted que lo he dicho.
La señorita Lucila
fué quien leyó...

ISIDORO.

¡Qué delirio!

PETRA.

Yo la ví con estos ojos...
Leyó unos renglones, hizo
una mueca, y tiró al suelo
con rabia el papel.

ISIDORO.

Me admiro,
pues la causa no comprendo...

PETRA (*con malicia*).

¡Cómo! ¿Usted no ha conocido
que le ama la señorita?

ISIDORO.

¡Muchacha! ¿estás en tu juicio?

PETRA.

¡Ya se ve!

ISIDORO.

¡Calla!

PETRA.

Y lo siento,
porque me buscó ayer mismo
un caballerete guapo,
y me ofreció, si le sirvo,
cuatro duros.

ISIDORO.

¡Hola!

PETRA.

El pobre
lloraba como un chiquillo.

ISIDORO.

¿Llorar?

PETRA.

¡A lágrima viva!

ISIDORO.

¿Y ella?

PETRA.

Ya, ya; sin abrirlo,
le devolvió su billete.
Él se enfureció, y me dijo:
«¡No puedo vivir sin ella!
¡Me voy á pegar un tiro!»

ISIDORO.

¿Cómo se llama el amante?

PETRA.

No le conozco.

ISIDORO.

¿Algun niño?

PETRA.

¡Cá! No, señor: tiene barbas.

ISIDORO.

Es un amante ridículo.

PETRA.

(Con ménos palabras, nadie
mejor hubiera mentido.)

ISIDORO.

Véte adentro.

PETRA.

Ya me marcho.
(Ni una lisonja me ha dicho.)
(Recoge el servicio del almuerzo y sale por el fondo.)

ESCENA V.

ISIDORO.

¿Lucila me quiere?—Sí:
¡qué fortuna! Como sea
una mujer vieja ó fea
se ha de enamorar de mí.
De esta casa al punto emigro;
ella, cual fea, es amable;
yo soy algo impresionable,
y aquí correré peligro.
¡Feas, feas! ¡es notorio
que algo teneis que purgar;
mas yo no quiero sacar
ánimas del Purgatorio!
(Aparece doña Teresa por el fondo.)
(¡La mamá! ¡La hija salió
un retrato de la madre!
¡Huyendo salgo! ¡Su padre
fué más valiente que yo!)
(Saluda á doña Teresa y sale.)

ESCENA VI.

DOÑA TERESA. *Despues* D. MARIANO.

Está triste mi Lucila;
no adivino su tormento.

D. MARIANO *(por la izquierda).*

¿Qué le pasa á usted, señora?
¿Ha ocurrido algun suceso
inesperado?

TERESA.

Lucila
está abatida; su genio
antes vivo, siempre alegre,
ha cambiado en poco tiempo.

MARIANO.

Lo sé.

TERESA.

No duerme, ni come,
ni salir quiere á paseo;
le pregunto, y no contesta;
y se niega á ver al médico.

MARIANO.

Hace bien: contra su mal
no hay en la ciencia remedio.

TERESA.

¡Qué! ¿Sabe usted, don Mariano,
la causa?

MARIANO.

Sí; la sospecho.
Su mal es... los veinte años.
¿Quién así estuviera enfermo?

TERESA.

No conozco esa dolencia:
¡mal de juventud!

MARIANO *(sonriéndose)*.

Lo creo
Lucila está enamorada.

TERESA.

No puede ser.

MARIANO.

¡Oh! ¡lo temo!

TERESA.

Me lo hubiera confiado;
soy su amiga, y mis consejos...

MARIANO.

¿De qué le hubieran servido?
No comprende el sentimiento:
ella misma no se explica
lo que le devora el pecho.
Para el corazon herido
no hay bálsamo, no hay consuelo
más eficaz que las lágrimas.
Deje usted que llore.

TERESA.

Pero...

MARIANO.

Necesito hablar con ella.

Soy su padrino y soy viejo;
puedo ser su confidente.
Llámela usted, que la espero.

TERESA.

La llamaré. (¿Qué será?
¡En gran confusion me ha puesto!)
(Se va por el fondo.)

ESCENA VII.

D. MARIANO.

Abrirá á la confianza
su corazon por respeto;
al arrancarle el secreto,
quiero matar mi esperanza.
Rasgo el velo á mis engaños,
aunque me mate el dolor...
¿Viene á buscarme el amor,
loco, á los cincuenta años?
¡Oh! ¡Lucila es un tesoro!
¿Y tengo que renunciar?...
¿Es tarde ya para amar?...
Será tarde; mas la adoro.

ESCENA VIII.

D. MARIANO *y* LUCILA.

LUCILA.

¿Me llama usted?

MARIANO.

Hija, sí;

he querido hablar contigo
porque soy más que tu amigo;
soy un padre para tí.

LUCILA.

Lo sé.

MARIANO.

Siéntate á mi lado.
(Se sientan en el sofá.)
Ábreme tu corazon,
y cuéntame qué impresion
tu carácter ha mudado.
Como ya voy para viejo
dudar de mí no podrás;
los años no sirven más
que para dar un consejo.
Con esa tristeza inspiras
á tu madre algun temor;
sé franca: ¿sientes amor?
Dí: ¿qué tienes?

LUCILA *(suspirando).*

¡Ah!

MARIANO.

¿Suspiras?

LUCILA.

Un suspiro dí, es verdad;
no lo púde contener...
Siendo infeliz, ¿qué mujer
no da un suspiro á mi edad?

MARIANO.

¿Eres infeliz, Lucila?
Vamos: habla con franqueza;
la causa de tu tristeza
¿es amor?

LUCILA.

Vivo intranquila;
yo no sé lo que me pasa,
y así explicarlo no puedo;
pero sé que tengo miedo
hasta á la gente de casa.
Ya con nada me divierto
pues con una sombra lucho;
dormida, una voz escucho;
la busco cuando despierto.

MARIANO.

Esa inquietud no me asombra;
vendrá la calma despues.
Responde: ¿á Isidoro ves
retratado en esa sombra?

LUCILA *(turbada)*.

¡Ah! no me atrevo...

MARIANO *(con ternura)*.

¡Hija mia!
Habla; no tengas cuidado.
¿Es cierto que he adivinado
tu pasion?

LUCILA *(dudando).*

Sí.

MARIANO *(con dolor).*

(¡Lo sabía!)
Y ¿por qué lo ocultas, niña,
á tu madre? Lo sabrá...

LUCILA.

No lo diga usté á mamá,
porque temo que me riña.

MARIANO.

No comprendo que tu mal
á doña Teresa asombre;
que ame la mujer á un hombre
es cosa muy natural.

LUCILA.

Y con saberlo ¿qué alcanza?

MARIANO.

Tomar parte en tu dolor.

LUCILA.

Nada consuela al amor
que vive sin esperanza.
Don Mariano, usted ignora
lo que es amar con delirio;
cuán horrible es el martirio
de estar viendo al que se adora
cada dia, á cada instante;

sus ojos busco impaciente,
y él me mira indiferente
cuando yo le miro amante.

MARIANO *(le coge una mano).*

¿Tú crees que no comprende
el alma mia el dolor
de un desesperado amor
que á otro en su fuego no enciende?
Te engañas; una pasion
sé muy bien lo que arrebata;
la vejez, el rostro mata,
mas no mata el corazon.
(Entusiasmado.)
¡El fuego de amor verás!...

LUCILA *(sorprendida).*

¿Ama usted tambien?

MARIANO *(volviendo en sí).*

No, no...
Ya soy viejo... Vivo yo
de recuerdos nada más.
—¿Él no ha conocido?

LUCILA *(con sarcasmo).*

¡Nada!
¡Es hombre! El amor no entiende;
y para el mundo, me vende
solamente una mirada.
Roban latidos violentos
á mi corazon la calma,
y está pendiente mi alma
de todos sus movimientos.

MARIANO.

Yo velo por tí, Lucila;
con Isidoro hablaré,
y muy pronto te diré
si puedes vivir tranquila.

ISIDORO *(dentro).*

Petra.

MARIANO.

Es Isidoro; llega
en excelente ocasion.
Véte adentro.
(La acompaña hasta la puerta.)
—El corazon
en esta lucha se entrega.
(Sube al proscenio y se sienta.)

ESCENA IX.

D. MARIANO *é* ISIDORO.

ISIDORO.

Señor don Mariano.

MARIANO.

Adios.
Me alegro que venga usté.

ISIDORO.

¿Y puedo saber por qué?

MARIANO.

Tenemos que hablar los dos.

ISIDORO.

(Como siempre: algun consejo.)
Ya escucho.
(Se sienta.)

MARIANO.

¿Ama usted?

ISIDORO *(sorprendido)*.

No sé:..

MARIANO.

Despacio; me explicaré.

ISIDORO.

(Vamos: caprichos de viejo.)

MARIANO.

Usted no ignora que yo
por Lucila me intereso;
que su madre...

ISIDORO.

Y todo eso,
¿qué me importa?

MARIANO.

Mucho.

ISIDORO *(con disgusto)*.

No.

MARIANO.

¡Qué polvora! Amigo, calma,

que todo se aclarará.
(Le mira fijamente.)
¿Usted comprender sabrá
los sufrimientos del alma?

ISIDORO.

(¿Qué dice? ¡este hombre delira!)

MARIANO.

Solo quisiera saber
si en el mundo una mujer
algun afecto le inspira.

ISIDORO *(riéndose)*.

¿Una mujer? No, señor.

MARIANO.

¿No quiere usted á ninguna?

ISIDORO.

No, señor; no quiero á una:
á todas profeso amor.

MARIANO.

¡Locura! ¡no es la verdad
la incesante agitacion!
En la calma, el corazon
halla la felicidad.
Yo que cuento muchos años
morí para los placeres;
el amor y las mujeres
me dieron mil desengaños.
¿Y usted, Isidoro?

ISIDORO.

¿Yo?
Cada instante, amigo mio,
amo con más desvarío.

MARIANO.

¡Me está usté engañando!

ISIDORO.

No.

MARIANO.

No soy flaco de memoria;
usted mismo ha referido
que cada amor ha añadido
un desengaño á su historia.
¿Y Paz?

ISIDORO.

¡La olvidé!

MARIANO.

¿Y Clemencia?

ISIDORO.

Muerta.

MARIANO.

¿Y Luisa?

ISIDORO.

Me dejó.

MARIANO.

¿Y Cármen?

ISIDORO.

La dejé yo.

MARIANO.

¿Y Carolina?

ISIDORO.

En Valencia.

MARIANO.

¿Y Clara?

ISIDORO *(suspirando)*.

¡Un engaño más!
Se casa pronto; y ayer
me escribió ¡falsa mujer!
para no verme jamás.

MARIANO.

¿Y Julia?

ISIDORO.

¡Ya es otra cosa!
Me parece que la adoro.

MARIANO *(con ironía)*.

¿Durará mucho, Isidoro?

ISIDORO.

Dos meses. ¡Es tan hermosa!

MARIANO.

¿Y esa es la dicha, la vida,

el dulce sueño de amor?
Es continuo torcedor;
es una ilusion mentida.

ISIDORO.

Ya lo sé; corriendo voy,
ébrio...

MARIANO.

¡Como un insensato!

ISIDORO.

¡Bah! de pararme no trato,
porque así contento estoy.
(Lucila asoma la cabeza por el fondo al oir su nombre.)

MARIANO.

Sin duda usted se chancea;
sé que Lucila le quiere,
y si usted la conociere...

ISIDORO.

No, señor; Lucila es fea.
(Lucila se estremece, contiene un grito y se retira.)

MARIANO.

A la mujer, siendo bella,
todos le tienden la red;
esta le conviene á usted,
y á casarle voy con ella.

ISIDORO *(riéndose, se levanta precipitadamente)*.

No debe usted extrañar

que desde hoy, espada en mano
le hable, puesto que inhumano
usted me quiere casar.
(Entra por la puerta de la derecha.)

ESCENA X.

D. MARIANO. *Despues* LUCILA.

¡Tronera! ¡qué juventud
tan distinta de la mia!
¡Estos jóvenes del dia
nada estiman la virtud!
¡Pobre Lucila!—Aquí está.
(Lucila sale demudada y con gran agitacion.)
(¡Qué turbada! ¿Qué habrá sido?)
(Se acerca á ella y le dice con interés.)
Dime, Lucila: ¿has oido?

LUCILA *(con profundo dolor, le coge una mano).*

¡Todo, todo lo sé ya!

MARIANO *(con expresion de dolor).*

¡Lucila!

LUCILA *(llorando).*

¡Todo lo sé!
¡Oye su mal el que escucha!
¡Dios me abandona en la lucha!
(Se cubre el rostro con las manos y se deja caer en el sofá.)

MARIANO.

¡Ah! No: ¡yo te ampararé!

CUADRO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. MARIANO *(sentado)*.

¡Pobre Lucila! Sufriendo
está desde esta mañana,
y llora con amargura
porque tiene herida el alma.
La haré feliz; lo he jurado;
con una víctima basta
para el destino implacable;
yo debo serlo; mis canas
de mí responden; el fuego
dentro del pecho se guarda.

ESCENA II.

D. MARIANO *y* DOÑA TERESA.

TERESA.

Dígame ústed, don Mariano,
lo que á Lucila le pasa;
usted lo sabe; sus lágrimas
el corazon me desgarran,

y no hay duda de que sufre
pues sus quejas son amargas.

MARIANO *(procurando sonreirse).*

Serénese usted, señora,
que ningun mal le amenaza;
el llanto de las mujeres
es una moneda falsa.
Ellas lloran de placer,
lloran de dolor, de rabia,
por costumbre y por estudio;
lloran por todo y por nada,
pues son sus ojos dos fuentes
con unas llaves tan malas
que á la impresion más pequeña
vierten raudales de lágrimas.

TERESA.

Eso no es verdad. Lucila
nunca llora.

MARIANO *(cambia de tono).*

Usted se alarma
con razon; Lucila quiere
y quiere sin esperanza.

TERESA.

¿A quién?

MARIANO.

A Isidoro. El trato,
la broma y la confianza
engendraron el cariño,
motivo de su desgracia.

TERESA.

¿Él sabe?...

MARIANO.

Sí; mas no siente
una impresion en su alma
y ve á Lucila impasible,
que la virtud no le arrastra.

TERESA.

¡Él, como todos los hombres,
el dinero solo ama!

MARIANO.

¡Me ilumina usted, señora!
(¡Esta prueba me faltaba!)
He ofrecido protegerla,
y cumpliré mi palabra.
Ni hijos ni parientes tengo;
nada en la vida me halaga,
pues ya se arruga mi frente
y mis cabellos son canas.
Nunca tuve apego al oro;
soy rico y quiero dotarla;
medio millon le regalo.

TERESA.

¿Qué dice usted?

MARIANO.

A mi marcha
pára América, su padre

me dió recursos y cartas,
y á ellos debí mi fortuna:
pago una deuda atrasada.

TERESA.

Mi eterno agradecimiento
servirá de pago...

MARIANO.

Basta.

TERESA.

En cuanto sepa que es rica,
la querrá.

MARIANO.

Si él la mirara,
se quemaria en su fuego.

TERESA.

¡Oh, sí!

MARIANO.

Los ojos del alma
no adivinan la belleza
porque no están en la cara.

TERESA.

Eso es verdad.—Aquí viene
Lucila.

MARIANO *(se pone un dedo en la boca).*

Ni una palabra.

(Sale Lucila muy pensativa. Don Mariano se adelanta á recibirla.)

ESCENA III.

Dichos. LUCILA.

MARIANO.

Lucila, acércate.—Vamos;
no es justo llorar; ten calma
y valor.

TERESA.

Hija...

LUCILA.

No lloro;
ya se agotaron mis lágrimas.
¿No ve usted mis ojos secos?

MARIANO *(con dolor)*.

¡Y la mejilla abrasada!

TERESA.

(¡Hija mia!)

MARIANO.

(¡Pobre niña!)

LUCILA.

¡El sello de la desgracia
me puso, al nacer, la suerte!

MARIANO.

¡Resignacion! Asi agravas
tu estado; ten alma grande,

porque los pesares matan.
(Aparte á doña Teresa.)
Quiero estar solo con ella.

TERESA *(aparte á don Mariano).*

Haga usted por consolarla.
(Váse.)

ESCENA IV.

D. MARIANO *y* LUCILA.

MARIANO.

¿No das tregua á tu dolor?
¡No en balde pasan las horas!
Dí, Lucila: ¿por qué lloras?

LUCILA.

¡Por la muerte de mi amor!
¿Cómo recobrar la calma
para siempre ya perdida?
¿Qué alcanza á cerrar la herida
que llevo abierta en el alma?
¡Siendo fea, es cosa clara,
debí morir al nacer!
¡Fea! ¡Siendo en la mujer
su patrimonio la cara!

MARIANO.

(¡Cuánto le quiere!)

LUCILA.

Le amaba,

buscándole noche y dia;

nada el pecho me decia,
pero yo lo adivinaba.
¡Oh! nunca me pregunté
si pagaba mi pasion;
vivia con mi ilusion,
con mi cariño y mi fe.

MARIANO.

Un remedio conocido
para tu mal sólo existe.

LUCILA *(con interés).*

¿Cuál es?

MARIANO.

El remedio es triste
como el mal; es el olvido.

LUCILA *(sonriéndose forzadamente).*

¡Todos los remedios son
pobres en la medicina!
¿Cómo se arranca una espina
clavada en el corazon?

MARIANO.

Calma el tiempo esas congojas.

LUCILA *(con amargura).*

Y cuando cierra la herida,
el árbol de nuestra vida
tiene amarillas las hojas.
¿Qué espera ya con vivir
quien llorando desengaños

ve que en la flor de sus años
se le cierra el porvenir?

MARIANO.

Vamos; tus quejas son vanas.

LUCILA *(con dolor)*.

¡Oh, sí! ¡tan pobre consuelo
lo da un corazon de hielo
y una cabeza con canas!

MARIANO *(conteniendo un grito de desesperacion)*.

(¡Ah!) No, no; mis canas son
la causa de mi tristeza;
¡aunque hay nieve en mi cabeza
hay fuego en mi corazon!

LUCILA *(turbada)*.

Perdone usted mi extravío.

MARIANO *(serenándose)*.

No, hija mia; no, Lucila;
cuando el alma está intranquila,
todo le causa desvío.

LUCILA *(con ternura)*.

No: en usté he reconcentrado
todo el amor de mi seno.

MARIANO *(alterado)*.

¡Lucila!

LUCILA.

¡Es usted tan bueno!
¡Siempre le encuentro á mi lado!
Sí: solo usted y mi madre

han de saber mi secreto,
pues me inspira usted respeto
como si fuese mi padre.

MARIANO *(afectado).*

Tu cariño me envanece,
y pues quieres á este viejo,
toma, Lucila, el consejo
que mi experiencia te ofrece.
Yo te quise consolar,
y el olvido aconsejé
como remedio, aunque sé
que no es posible olvidar.
Domina tu corazon
y demuestra indiferencia;
conviene que una imprudencia
no delate tu pasion.
Muéstrate con él afable
y fria, si puede ser;
mucho gana la mujer
con un hombre, siendo amable
Y si galante algun dia
se presentare á tus ojos,
hazle ver que te da enojos
la necia galantería.
Que así se llega á apreciar
el valor de las mujeres,
y sabrá que tú no eres
una existencia vulgar.

LUCILA.

Ya, señor, á nada aspiro;
mas ¿cómo oculto el amor?

¿Cómo, al verle, mi dolor
ha de negarme un suspiro?

MARIANO.

Dominando tu razon,
cobrarás al fin la calma;
con valor lucha; es el alma
más fuerte que el corazon.

LUCILA *(con duda)*.

¿Y venceré?

MARIANO.

Sí, Lucila;
la voluntad puede mucho.

LUCILA.

(¡No es posible! ¡En vano lucho,
porque la razon vacila!)

ESCENA V.

Dichos. JULIO *y* GUILLERMO *(por el fondo).*

JULIO.

Servidor.
(Saludan, y don Mariano se levanta.)

MARIANO.

Felices dias.

JULIO.

A nuestro amigo buscamos;
¿está en casa?

MARIANO.

Me parece
que hace poco se ha marchado.
Tomen ustedes asiento.
(Se sientan.)

JULIO *(aparte á Guillermo).*

La niña es fea de encargo.

MARIANO.

(Llegan á tiempo estos mozos.)
(Coge á Lucila de la mano.)
Te aguarda tu madre.

LUCILA.

Vamos.
(Saluda á los jóvenes, y don Mariano la acompaña hasta la puerta del fondo.)

ESCENA VI.

D. MARIANO, JULIO *y* GUILLERMO.

JULIO.

La señorita Lucila
¿es esta jóven?

MARIANO.

Sí: la amo
como hija, por sus virtudes;
nos quisimos como hermanos
su padre y yo. ¡Pobre niña!

Su padre, por ser honrado,
no dejó á sus herederos
más que su honradez.

JULIO *(haciendo un gesto)*.

Ya es algo.

MARIANO *(con sarcasmo)*.

No es mucho; pero Lucila
tendrá mil apasionados
en cuanto sepan que cuenta
con un dote; le regalo
medio millon de reales.

JULIO *(manifestando asombro)*.

¿Usted, señor, la ha dotado?

MARIANO.

Sí. Soy su padrino, y debo
mirar por su suerte.

GUILLERMO.

Vamos;
¡es una accion excelente!

MARIANO.

Soy en el mundo un parásito,
sin parientes, sin familia,
pues hoy no tengo más lazo
que ellá; si me muero, pasa
mi capital á sus manos.

JULIO.

¡Qué fortuna!

MARIANO.

Más merece
la mujer que vale tanto.
Saludo á ustedes, señores;
tengo que hacer en mi cuarto.

JULIO.

Servidor de usted.

MARIANO.

Adios.
(Si al saber que la he dotado,
Isidoro se declara,
ella tendrá un desengaño.)
(Se va por la izquierda).

ESCENA VII.

JULIO y GUILLERMO.

JULIO *(se levanta precipitadamente).*
¡Me va á dar una congoja!
¡Guillermo, me pongo malo!
¡Me hizo sudar ese viejo!
¡Medio millon! ¡Qué bocado!...

GUILLERMO.

¡Oh, sí!

JULIO.

¡Qué atracon tan gordo
de plata para un escuálido
bolsillo! Mañana mismo
á Lucila me declaro.

GUILLERMO.

¿No me dijiste hace poco
que era fea?

JULIO.

No: he cambiado
de parecer.

GUILLERMO *(riéndose)*.

¡Pronto ha sido!

JULIO.

Es que viéndola despacio...

GUILLERMO.

¿Despacio? Si no hubo tiempo...

JULIO.

¡Calla! ¡que la estoy mirando
ahora mismo con los ojos
del alma! Es bueno su garbo,
y el talle esbelto! ¡qué pié!

GUILLERMO.

Si lleva el vestido largo.

JULIO.

No seas bobo; te he dicho
que la estoy adivinando.
¡Esa mujer vale mucho!
¡Yo la quiero, la idolatro!
El sonido del dinero
da á su voz eco simpático;

es sonido que conmueve
las fibras del alma.

GUILLERMO.

Vamos;
¿amas el oro?

JULIO.

Mujer
sin el unto mejicano
es rey sin cetro; no tiene
ni prestigio, ni vasallos.

ESCENA VIII.

Dichos. ISIDORO.

ISIDORO.

Hola, amigos.

JULIO *(dándole la mano con afectacion).*

Hoy comemos
en la fonda; te aguardamos.
¿Serás de nuestra partida?

ISIDORO.

Sí tal. ¿Hay dinero á mano?

JULIO.

Tengo un caudal de esperanzas.

ISIDORO.

¿Y admite el fondista en pago
moneda tan ilusoria?

JULIO.

Ya sabes que otra no gasto
con mi colonia de ingleses.
¡Canto victoria! ¡He encontrado
medio millon!

ISIDORO.

¿Con qué premio?

JULIO.

Te pondré á la vista el cargo.
El premio es un matrimonio.

ISIDORO.

El medio millon rechazo.
¿En dónde hallaste la veta?

JULIO.

En tu casa.

ISIDORO.

¿Estás soñando?

JULIO.

No, por cierto. Con Lucila
pronto, muy pronto, me caso.

ISIDORO.

¡Qué disparate!

JULIO.

¡Es seguro!

GUILLERMO.

Te explicaré.—Don Mariano
dota á Lucila.

ISIDORO.

Ya entiendo;
mas siempre es dudoso el caso.
¿Te ama la niña?

JULIO.

No sé.

ISIDORO.

Entonces...

JULIO.

Huelo muy largo.
¿A quién no ama una soltera
en situacion de reemplazo?

ISIDORO *(riéndose)*.

Piensa bien...

JULIO.

Estoy resuelto,
y con Lucila me caso.
(Salen Julio y Guillermo por el fondo.)

ESCENA IX.

ISIDORO.

¿Quiere casarsé?... La chica
no es del todo despreciable;

tiene talento, es amable:
no le hace falta ser rica.
Y mas que fuese un vestiglo,
tendrá amantes á montones
al olor de sus doblones;
el oro es el dios del siglo.

ESCENA X.

ISIDORO *y* D. MARIANO.

MARIANO.

¿En qué estaba usted pensando
que le encuentro distraido?
Algo nuevo le ha ocurrido.

ISIDORO *(sonriéndose)*.

Estaba filosofando.

MARIANO.

Lo siento: ¡pobre mujer!

ISIDORO.

¿Cuál?

MARIANO.

La que en este momento
absorbió su pensamiento.

ISIDORO.

¿Y por qué pobre ha de ser?

MARIANO.

Cuando un alma disipada,
ya muerta en la juventud,

se acuerda de la virtud,
esta sale mal parada.

ISIDORO.

No es usted justo conmigo.
Pensaba en Lucila.

MARIANO *(frunciendo las cejas).*

¿Qué?

ISIDORO.

Es la verdad.

MARIANO.

Temo á fe
á ese pensamiento, amigo.

ISIDORO.

No hay motivo.—De saber
acabo en este momento
el noble desprendimiento
que en su favor va á tener.

MARIANO.

¿Y qué?

ISIDORO.

El rasgo me parece
digno de un hombre de bien.

MARIANO.

¿En cambio, solo desden
usted á Lucila ofrece?

ISIDORO.

No amándola, no es extraño
que así me porte con ella.
En cada mujer, mi estrella
me da un nuevo desengaño.

MARIANO *(con sorna)*.

Eso no es nuevo.

ISIDORO.

Lo creo.
Ninguna el pecho me inflama.

MARIANO.

A usted Lucila le ama,
y yo casarle deseo.

ISIDORO *(riéndose)*.

¿Casarme? ¡Bueno sería!
¿Para calmar su dolor?
¡No ha conocido el amor
jamás la filantropía!

MARIANO.

¡Hoy es rica!

ISIDORO.

Mi pasion
no se vende.

MARIANO *(con malicia)*.

¿Será poco?

ISIDORO *(con orgullo).*

¡Por nada se vende!

MARIANO.

(Es loco;
pero tiene corazon.)

(Va á salir Lucila por el fondo, y se detiene á la puerta.)

ESCENA XI.

Dichos. LUCILA.

ISIDORO.

Entre usted.

LUCILA.

No: me retiro.

ISIDORO.

Es hacernos un desaire.

MARIANO.

Entra, Lucila. *(Aparte.)* El momento
llega, el valor no te falte.

ISIDORO.

Está usted descolorida.

LUCILA.

No siento nada.

MARIANO.

Un ataque
de nervios: cosa ligera.

ISIDORO.

Nada me dijo su madre.
(Con gracejo.)
¿Será acaso el sentimiento
de haber perdido al amante
que por verse despreciado
intentaba suicidarse?

(Lucila marca su asombro, y don Mariano la mira, haciéndole seña de que calle.)

MARIANO.

¿Un suicidio?

ISIDORO.

Nada ménos:
¡amor sublime, inflamable!

MARIANO.

¿Se burla usted?

ISIDORO *(riéndose).*

¡Hecho histórico!

MARIANO.

Pero ¿no llegó á matarse
el mozo?

ISIDORO.

No, señor. Eso
se dice, pero no se hace.
¡Recurso cómico!—¿Entonces,
la palidez del semblante

la causa aquel jóven rubio
que la otra noche en el baile
prodigó á usted mil obsequios,
fino, rendido y constante?

LUCILA *(con interés)*.

¿Le vió usted?

ISIDORO.

¡Oh, sí, Lucila!
Estuve ya por llamarle
más de una vez, y pedirle
que de allí se retirase.

MARIANO.

¿Por qué?

ISIDORO.

Estaba muy pesado.

LUCILA.

Sí: se empeñaba en hablarme
de logaritmos y lógica
y de las horas de clase.

ISIDORO *(burlándose)*.

Ya lo adiviné; su traza
era de un pobre estudiante.

LUCILA.

Sin embargo, me gustaron
en su boca aquellas frases
nada estudiadas, sencillas,

y sin hacer necio alarde
de pedantescas palabras,
ni de rutinas galantes.
Se acercó á mí por instinto;
estuve con él amable,
y como nuevo en el mundo,
(Con intencion muy marcada.)
sin saber lo que usted sabe,
con el corazon me hablaba
su verdadero lenguaje.
En cambio, usted, entregado
á los placeres del baile
y á las intrigas, diria
á las mujeres que hablase
deslumbradoras palabras,
bellas lisonjas falaces.
Si siempre mienten los labios
cuando en el mundo se abren,
cerrados estén: prefiero
hablar con un estudiante.

MARIANO.

(¡Bien!)—Tus palabras, Lucila,
acreditan lo que vales,
porque, sin saberlo, has dicho
un puñado de verdades.

ISIDORO *(preocupado)*.

Esas razones envuelven
una acusacion muy grave.

LUCILA.

Hace usted bien. La mujer

quiere que el hombre la engañe,
y los que engañan, no deben
pedir más que falsedades.
Juega el corazon entero
el sér que jugar no sabe,
y pierde inexperto siempre
para que el más diestro gane.

ISIDORO *(poseido)*.

¡Extraña filosofía!
¿Quién á usted supo enseñarle
esa táctica engañosa
y tan amargas verdades?

LUCILA.

Mi corazon.

ISIDORO.

(¡Me sorprende
en Lucila ese lenguaje!
¡Mujer que así raciocina
debe tener alma grande!)
Es verdad, Lucila; el mundo
no encierra más que maldades,
y el hombre se cansa pronto
de engañar y de engañarse.
Yo, jóven, busco en la vida
á mis dolores calmante,
y persigo en mis ensueños
una ilusion que me baste,
una mujer que me entienda
que me fascine y arrastre:
mia toda, ajena al mundo,
nuevo fuego en que me abrase.

¡Delirio! ¡siempre lo mismo!
¡todas, todas son iguales!
Así, del mundo me burlo;
miento, y dejo que me engañen.

LUCILA *(alterada).*

¿Y esa es la vida?

ISIDORO.

Es la muerte,
que entre placeres nos trae...
(Se queda pensativo un instante.)
—(Derrotado estoy; confieso
que trabajo ha de costarme
olvidar esas palabras...
(Va á salir y se detiene.)
¡Todo se olvida en la calle!)
(Entra por la derecha.)

ESCENA XII.

LUCILA *y* D. MARIANO.

MARIANO.

¡Bien hablaste!

LUCILA.

Mas la lucha
mis pobres fuerzas abate;
no puedo seguir fingiendo,
porque mi ánimo decae.

MARIANO.

Tu amor da al olvido.

LUCILA *(con desesperacion).*

¿Y cómo,
si el sufrimiento es tan grande?
¡Deje usted que me desdeñe,
y que su desden me mate!

MARIANO.

Nó es digno de tí, Lucila.

LUCILA *(como hablando sola).*

¡Sueña en su amor con un ángel
que le comprenda y fascine,
con una mujer que le ame,
ajena al mundo, que preste
nuevo fuego en que se abrase!...
¡Y esa mujer no soy yo!
(Volviéndose á don Mariano.)
¿Y quiere usted que se calme
este dolor?

MARIANO.

¡Hija mia,
nada en la vida es durable!
(Isidoro va á salir, con el sombrero puesto; al verles, hace un gesto y se detiene en la puerta.)

ESCENA XIII.

Dichos. ISIDORO.

ISIDORO.

(¿Todavía están aquí?)

LUCILA.

¡Quiero luchar! Mi dolor
no será eterno; mi amor...

MARIANO.

Tambien morirá.

LUCILA *(con despecho)*.

¡Sí, sí!
¡Es preciso! ¡Lucharé
para ahogar esta impresion,
y ó me mata mi pasion,
ó á mi pasion mataré!
¡Me desprecia? ¡Valor siento
para seguir mi camino!...
¡La desgracia es mi destino,
y el orgullo me da aliento!
¡Ya no me causan enojos
sus desdenes! ¡Le aborrezco!
(Movimiento de atencion de Isidoro.)
Tiene razon; no merezco
que en mí se fijen sus ojos.
¡Soy fea!

MARIANO.

Lucila, en pos
del olvido, llegará
la indiferencia.

LUCILA.

No: ya
nada existe entre los dos;

pero que salga de aquí;
no quiero verle.

MARIANO.

¿Por qué?
¿Le tienes miedo?

LUCILA.

No sé;
pero...

MARIANO.

Sospecho que sí.
Nada puedes alcanzar
mientras le veas, Lucila;
para que vivas tranquila
de casa debe mudar.

LUCILA *(con exaltacion)*.

¡Que se vaya! ¡Sí, por Dios!...
(Vacilando.)
Mas...

MARIANO *(con interés)*.

¿Cómo?...

LUCILA.

¡Una vez siquiera!

MARIANO *(con cariño)*.

¿Para qué?

LUCILA *(llorando)*.

¡Darle quisiera
mi último, mi eterno adios!

MARIANO.

No: el valor te faltaria.
Conmigo ven.

(Se vuelven y ven á Isidoro, que está pensativo y apoyado en el marco de la puerta. Lucila da un grito.)

LUCILA.

¡Ah!

MARIANO.

¡Él aquí!
(Aparte á Lucila.)
¡Animo, Lucila!

ISIDORO *(con indiferente enajenacion).*

Sí.

MARIANO.

Vamos. (¡Ah! ¡no será mia!)

(Lucila se va, demostrando abatimiento, apoyada en el brazo de don Mariano.)

ESCENA XIV.

ISIDORO *(se adelanta pausadamente y se deja caer en el sofá).*

¡Bien expresa su dolor!
(Con ironía.)
¿Me aborrece? Ya veremos
si puede olvidar su amor...
¿Lucila tiene valor
y luchar quiere?—¡Luchemos!
(Se levanta.)

Cariño y orgullo son
contrarios... Le hice una ofensa
que no merece perdon.
(Se queda pensativo.)
¡Donde el hombre ménos piensa
encuentra un gran corazon!

CUADRO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. MARIANO *(sentado en el sofá)*. PETRA *(sale por el fondo)*.

PETRA.

¿Puedo entrar?

MARIANO.

¡Buena pregunta!
Pues si ya estás dentro.

PETRA.

¡Toma!
Adiviné la respuesta;
y aunque la pregunta sobra,
por no faltar preguntaba;
pero ya...

MARIANO.

¡Calla, habladora!

PETRA.

Hablo; es verdad que me gusta;
mas cuando están dos personas

que algo tienen que decirse
si una calla, habla la otra.

MARIANO.

¿Tienes algo que contarme?

PETRA.

¡Oh! sí, señor: mucho.—Ahora
sí que asegurarse puede
que va marchando la cosa.

MARIANO.

¿Cómo?

PETRA.

Ayer me dió una carta
para la calle de Atocha.
—Subo á la casa, pregunto
por doña Julia de Acosta,
y entrego el papel; apenas
lo abre, le da una congoja.

MARIANO.

¿A Julia?... ¿Qué le diria?

PETRA.

¿Qué? Nada: que amaba á otra.
(Don Mariano se queda pensativo y no la oye.)
¡Desmayo á tiempo! ¡son todo
melindres estas señoras!
Pues yo tambien tengo amantes,
y no me dan esas cosas...
Allá en mi pueblo, una noche

el hijo de la herradora
me dijo que le olvidara
pues se casaba con Rosa...
¡alta, desgarbada, fea!
¡como una espuerta la boca!
Y yo dije: ¿Sí? ¡Corriente!
¿El sobrino de Simona
me quiere? Pues dejo al otro,
sin pataletas, ni broma.
—¿No hice bien?

MARIANO *(vuelve en sí).*

Sí.

PETRA.

Por supuesto;
yo sé querer; no soy tonta.

MARIANO *(se levanta).*

Responde: ¿Isidoro ha roto
relaciones?...

PETRA.

¿Con su novia?
Sí, señor; trueno completo.
—Aquí los hombres, con poca
diferencia, son lo mismo
que en mi pueblo.

MARIANO *(hablando solo).*

¿Quiere á otra?

PETRA.

Sí tal: á la señorita.

MARIANO *(con asombro)*.

¿A Lucila?

PETRA.

La enamora;
¡Haga usted caso á los hombres!
¡Embusteros! ¡mala bomba
en todos! aunque me gustan.
Cuando ella, como una sombra,
le iba detrás, él huia,
diciendo que era muy sosa
y fea; viene otro viento;
él finge que se enamora
y pone tiernos los ojos,
y ella hace la desdeñosa;
él quiere que ella le quiera;
ella le quiere, me consta;
no quiere decir que quiere,
y quiere...

MARIANO *(que le ha hecho seña de que calle, dice irritado)*.

¡Calla!—¡Qué posma!

PETRA.

¡Cuando digo, don Mariano,
que va marchando la cosa!

MARIANO.

¿Te callas con mil demonios?

PETRA.

No he hablado mucho. La boca
cerraré, si usted lo manda.

MARIANO.

¡Véte de aquí!

PETRA.

(¿Se incomoda?)
(Va á salir y vuelve.)
Pero...

MARIANO *(incomodado).*

¡Véte!

PETRA.

(¡Está celoso!
¡Ay! ¡qué lástima de soga!)
(Se va por el fondo.)

ESCENA II.

D. MARIANO.

La virtud siempre triunfa
á la larga ó á la corta;
pero ella está prevenida,
y si él se declara ahora...
Hay que aprovechar el tiempo;
Lucila será mi esposa.
(Se va por el fondo.)

ESCENA III.

ISIDORO.

Mudar de casa no puedo;
intentarlo quiero en vano,

que una poderosa mano
me detiene... ¡Tengo miedo!
Seis dias hace que lucho
con una pasion extraña;
ó mi corazon me engaña,
ó engaño al corazon mucho.
¿Ella fundó su esperanza
en mi amor?—Nó puede ser;
está herida y es mujer;
acàricia la venganza.
Cara compré la experiencia;
mas brota la juventud
al calor de la virtud:
Lucila es mi providencia.
Buscaba con noble empeño
la otra mitad de mi sér.
¡He soñado una mujer!
¡Esta mujer es mi sueño!

(Va á entrar, al mismo tiempo que sale Lucila; esta se estremece y quiere retroceder, pero él la detiene con la mano, en actitud suplicante.)

ESCENA IV.

ISIDORO *y* LUCILA.

LUCILA.

¡Isidoro!

ISIDORO.

¡Todavía
esquiva!

LUCILA.

Sí.

ISIDORO.

¡Qué venganza!
¡Usted mata mi esperanza!

LUCILA *(con dolor)*.

¿Acaso vive la mia?
Yo no me puedo explicar
el cambio que en usted veo...
¡Ah! comprendo su deseo;
usted me quiere engañar.

ISIDORO.

Pongo al tiempo por testigo
de que es sinçero mi amor.
¿Me mira usted con horror?

LUCILA.

Aprecio á usted como amigo.

ISIDORO.

¡Amistad! ¡pálido nombre!
¡llama que el pecho no enciende!
¡La amistad no se comprende
entre la mujer y el hombre!
Aspira á más mi pasion;
mis labios dicen verdad.

LUCILA.

Rechaza usted mi amistad,
y no encuentro la razon.

ISIDORO.

¡Oh! ¡se engaña usted, Lucila!
Vuelva en sí, cobre la calma,
y pregúntele á su alma
si á la luz de amor vacila.

LUCILA.

Mi pecho se abrió al dolor;
la luz apagada está.

ISIDORO.

Otra vez se encenderá
con la llama del amor.

LUCILA.

¿Qué importa al hombre matar
un corazon de mujer
si el suyo sabe esconder
cuando se pone á luchar?
¡Nunca su amor es profundo!
¡Ay de la mujer que sienta!...
(Con sarcasmo.)
¡El que más víctimas cuenta
es más noble para el mundo!

ISIDORO.

¡No, Lucila!

LUCILA *(con desesperacion)*.

A la mujer
la juzgan por la figura;
solamente la hermosura

sabe el hombre comprender.
¡Infeliz de la que crea
al hombre, porque es hermosa!
¡Libre estoy de amar!—¡Dichosa
la mujer que nace fea!

ISIDORO.

¡Usted vale!...

LUCILA.

Valgo poco.

ISIDORO.

¿Es posible que usted crea?...

LUCILA.

Usted lo dijo: soy fea.

ISIDORO.

¡Lucila!... ¡Me vuelvo loco!
¡Maldita boca perjura!
¡Lo que desprecié me inspira!
¿Quién en el mundo ¡mentira!
ha descrito la hermosura?
¿Quién límite, en la opinion,
le ha señalado en la tierra?
¡Nadie, no! ¡Sólo se encierra
lo bello en el corazon!

LUCILA *(se exalta, pero al punto se detiene y pone las manos sobre el corazon).*

¡Oh! (¿Qué dice?... ¡Calma, calma!
No te dejes arrastrar,

porque es fácil engañar
con los ímpetus del alma!)

ISIDORO *(preocupado).*

¿Solo amistad?

LUCILA.

Sí: aseguro
que conservarla sabré.

ISIDORO.

¿Amistad? ¡Pronto seré
digno del amor! ¡Lo juro!
(Se va por la derecha; Lucila enajenada, le sigue con la vista.)

ESCENA V.

LUCILA.

¿Digno de mí? ¡El corazon
no en vano me lo decia!
No, no: al hablar no mentia:
no se finge la pasion.
¡Oh! ¡me embarga la emocion
los sentidos!... ¡Me flaquea
el ánimo!... ¡Acaso sea
ficcion!... No: mi fuerza es mucha;
¡es la fiebre de la lucha!
(Fija la vista en el espejo y se estremece.)
¡Me engaña el amor! ¡Soy fea!
(Desesperada, se deja caer en el sofá.)

ESCENA VI.

LUCILA *y* JULIO.

JULIO *(desde la puerta del fondo).*

(Bien: la suerte me protege;
encuentro sola á Lucila.
¡Ay, medio millon! ¡Ya creo
que lo cuento!) *(Entra.)* Señorita,
á los piés de usted.

LUCILA *(vuelve en sí).*

¿Quién viene?

JULIO.

Un servidor. (Esta niña
tiene la cara de boba:
es segura la conquista.)

LUCILA *(se levanta).*

Isidoro está en su cuarto.

JULIO *(con misterio).*

Buscarle aquí, me servia
de pretexto.

LUCILA.

¿De pretexto?

JULIO.

Sí: mis frecuentes visitas,
segun mi amigo no ignora,
secreto interés tenian.

LUCILA.

No comprendo....

JULIO.

No es extraño;
á su edad no se adivina
lo que el alma impresionable
revelar no necesita.
—¡Isidoro es muy dichoso!

LUCILA *(con sorpresa)*.

¡Dichoso! ¿Cuál es su dicha?

JULIO *(con ternura afectada)*.

¡Ver á usted á todas horas!
A mí amigo tengo envidia.

LUCILA.

Es usted, señor, galante.

JULIO.

No es necia galantería.
¿Duda usted de mis palabras?

LUCILA *(con sarcasmo)*.

¡Dudar de un hombre!

JULIO.

(La niña
me quiere. ¡Medio millon!
¡me cayó la lotería!)

LUCILA *(en tono serio).*

Es usted un digno amigo
de Isidoro.

JULIO.

No, Lucila;
la comparacion me ofende.
Soy amante exclusivista,
y quiero con toda el alma;
con fuego, con poesía.
Isidoro es un tronera;
quiere á todas las que mira.

LUCILA.

Mal juzga usted á su amigo.

JULIO.

(Le libraré de Lucila.)
Cuenta su amor por semanas;
Isidoro es calculista.
¡Desgraciadas las mujeres
que le amen!—Usted es digna
de un hombre que la comprenda,
y él será toda la vida
calavera; se ha gastado
al calor de las orgías,
y así, del amor se burla.
Él hoy no se casaria
con usted, ni con ninguna,
á ménos que fuese rica.

LUCILA *(se estremece).*

¡Ah! ¿qué dice usted?

JULIO.

De fijo;
ya queda usted advertida.

LUCILA *(se deja caer en el sofá).*

(¡Ah, sí! ¡Todo lo comprendo!
Su mudanza repentina
era el interés, un cálculo...)

JULIO.

¿Está usted mala, Lucila?

LUCILA *(se pone en pié, fuera de sí).*

No: no es nada.

JULIO.

(¡Se ha turbado!
¿Hay crísis?—¡Pues será mia!
Estoy haciendo á Isidoro
un favor grande.)

LUCILA.

(¡Maldita
pasion que así me atormenta!...
¡El oro!... ¡Dios me ilumina!...
(Se lleva las manos á la frente, como herida por una idea.)
¡Don Mariano!... ¡el sacrificio!...
¡Muerta mi ilusion!...)

JULIO.

(¡Delira!)

LUCILA.

(¡Seré feliz! ¿Qué me importa?)
(Va á retirarse y aparece Isidoro.)

JULIO.

Isidoro, adios.

ISIDORO *(quiere detenerla).*

¡Lucila!...
(Ella le dirige una mirada de desprecio y se va; él se estremece, y desconcertado se adelanta poco á poco, sentándose en el sofá.)

ESCENA VII.

ISIDORO *y* JULIO.

JULIO.

(¿Va irritada? ¡Buen principio!
Sin embargo, será mia.)
¡Pensativo te has quedado!
Ya estás contento; la niña
renuncia á tí; te aborrece,
y de veras te queria;
yo lo adiviné al momento,
mas se quedó convencida.
(Riéndose.)
Le dije que tú no amabas
sino á las mujeres ricas.

ISIDORO *(exaltado, se levanta precipitadamente y le coge del brazo).*

¿Le has dicho?...

JULIO.

Sí, amigo mio:
me casaré con Lucila.

ISIDORO *(le aprieta el brazo).*

¿Tú?

JULIO.

Sí; pero no me aprietes,
que me haces mal. Tu alegría
modera; soy buen amigo,
y te libré de la chica.

ISIDORO *(exaltado).*

¡Eres un malvado!

JULIO.

¡Cómo!
¿qué dices?

ISIDORO.

¡Esta perfidia
me pagarás con tu sangre!
(Fuera de sí.)
¡Hoy la ilusion de mi vida
mataste!

JULIO *(riéndose).*

¡Sangre! ¿Estás loco?
(¡Este muchacho es *brusista*!)

ISIDORO.

¡Un golpe de muerte! Necio,
¿no sabes que la queria?

JULIO *(sorprendido).*

¿Tú la quieres?... ¡Ah! ya caigo:
lo del dote...

ISIDORO.

¡Alma perdida!
¡no comprendes la pureza
del amor!

JULIO *(encogiéndose de hombros).*

Antes decias
que era fea, y te burlabas
de mi boda con Lucila.

ISIDORO.

Déjame solo.

JULIO.

(¡Está loco!)
¿Me echas?

ISIDORO.

Eres una víbora
que derramó su veneno
en mi ilusion, en mi dicha.

JULIO.

Adios.

ISIDORO.

¡Nos veremos pronto!

JULIO.

(Haré que pierdas la pista.)
(Sale por el fondo.)

ESCENA VIII.

ISIDORO. *Despues* D. MARIANO.

¿Habrá desdicha mayor
que la que en este momento
es causa de mi tormento
y da la muerte á mi amor?

MARIANO *(desde el fondo, muy contento).*

(¡Ah! ¡soy feliz!) ¿Cómo vá?
(¡Late de júbilo el pecho!)
(Entra.)
Isidoro, ¿satisfecho
usted sin duda estará?

ISIDORO *(con ironía).*

¡Mucho, don Mariano, mucho!
¿No lo ve usted en mi cara?

MARIANO.

Hay turbacion; ¡cosa rara!
¿Qué causa?...

ISIDORO.

¡El amor!

MARIANO.

¿Qué escucho?
¿Al fin el alma de usted
siente esa impresion extraña?
Isidoro, usted se engaña.

ISIDORO.

No.

MARIANO *(riéndose)*.

¿Quién le tendió la red?
¡Deje usted que le contemple
absorto y de espanto lleno!
Juzgaba el amor, ajeno
á los hombres de su temple.
¡Al amor levantaria
un monumento en mi pecho!

ISIDORO.

¿Por qué?

MARIANO.

Estoy viendo que ha hecho
dos milagros en un dia.
—A usted, que siempre ha negado
que existe amor, con su llama
hoy su corazon se inflama
y se siente enamorado.
—Yo, que fuera de combate
me encontraba por mis años,
mi rostro y mis desengaños,
hoy el corazon me late,
y siento el alma intranquila.
Hoy vuelvo á amar como un niño.

ISIDORO *(con interés)*.

Y ¿quién despertó el cariño
en su pecho?

MARIANO *(regocijado).*

¿Quién? Lucila.

ISIDORO.

¡Lucila! ¡Maldita estrella
la que me persigue! ¡No!
¡no es verdad!

MARIANO.

Sí, amigo: yo
me voy á casar con ella.

ISIDORO *(con desesperacion).*

¿Casarse? ¡No puede ser!

MARIANO *(con calma).*

¿Por qué no me he de casar?
¿Ya nada puede inspirar
mi persona á una mujer?
(Con ironía.)
Soy viejo, lo sé; mi facha
no es tampoco la mejor
para despertar amor
y aturdir á una muchacha;
pero ella se ha convencido,
como se convencen todas,
de que en tratando de bodas
cualquier hombre es un marido.
Vale mucho esa mujer:
es un tesoro, y me engaño
quizá; pero antes del año
me ha de llegar á querer.

Mis canas respetará,
pues conoce los deberes
que han de guardar las mujeres.
Feliz conmigo será.

ISIDORO.

¡Me está usted matando!

MARIANO.

¿Yo?
No entiendo; la causa ignoro...

ISIDORO.

¿No sabe usted que la adoro,
que muero por ella?

MARIANO.

No.

ISIDORO.

¡A Lucila quiero!

MARIANO.

¡Bah!

ISIDORO.

Sí.

MARIANO.

Pues siendo así, mi amigo,
con sentimiento le digo
que comprometida está.

ISIDORO

Yo romperé...

MARIANO.

Poco á poco;
no renuncio mi derecho.
(Le coge del brazo.)
—Venga usted acá; sospecho
hace dias que está loco.

ISIDORO.

Creo que sí.

MARIANO.

¡Repentino
fué el cambio!

ISIDORO.

¡Cambio violento!
Fué la impresion de un momento;
fué la voz de mi destino;
la voz de los desengaños
que llegó á mi corazon;
fué la voz de la razon,
de la experiencia y los años.

(Aparece Lucila. Isidoro quiere adelantarse, pero se detiene trémulo, y se deja caer en un sillon, quedándose pensativo.)

ESCENA IX.

Dichos. LUCILA.

LUCILA.

Don Mariano.

MARIANO.

Ven, Lucila.
(Se sientan.)
¡Estás pálida! ¡Valor!

LUCILA.

¡Valor! ¿Para qué? No lucho;
reina ya en el corazon
completa calma.

MARIANO.

¿De veras?

LUCILA.

Sí: ¡la tempestad pasó!
Estoy tranquila.

MARIANO.

Felices
pronto seremos los dos.
No es sueño, no; me figuro,
al sentir un nuevo ardor,
que vuelvo á la vida lleno
de entusiasmo y de pasion.
Sí, sí; seremos felices,
muy felices; ¿por qué no?
me darás tu juventud
y yo te daré mi amor.

LUCILA.

¡Qué bueno es usted conmigo!
¡Todos los hombres no son

tan buenos!—Usted me ofrece,
para calmar mi dolor,
un porvenir y su nombre;
yo, pobre de mí, ¿qué doy?
Mi persona despreciada
y un marchito corazon.
Esta conducta sublime
¿con qué he de pagarla yo?

MARIANO.

Con tu afecto solamente.

(Isidoro, que escuchaba con ansiedad, se levanta alterado y descompuesto el rostro.)

LUCILA *(resuelta)*.

Sí, lo he dicho; de usted soy.
Le consagraré mi vida,
mi pensamiento... ¡mi amor!

MARIANO.

Consulta bien á tu pecho;
puedes oir una voz
que halle su eco, y se despierte
el dormido corazon.

LUCILA.

¡No, no, dôn Mariano! ¡nunca!
¡Tiene aquí un trono el honor!
(Señala al pecho.)
¡Será siempre respetado
el nombre que lleve yo!

MARIANO *(le coge una mano con ternura)*.

Tendrás en mí más que un padre;

te haré feliz con mi amor.
¿Podrás quererme algun dia?

LUCILA.

Hago un juramento...

ISIDORO *(se adelanta precipitadamente).*

¡No!
¡Ese juramento fuera
una mentira!

LUCILA.

(¡Qué horror!)

MARIANO *(se levanta).*

Isidoro.

ISIDORO.

¡Don Mariano,
he sido un necio!—¡Perdon!

MARIANO.

(¡Ah! lo conozco: ¡se quieren!)

ISIDORO *(á Lucila).*

¡Han calúmniado mi amor!
Sí: ya sé que un falso amigo
hizo á la amistad traicion.

(Don Mariano, cruzado de brazos, permanece en segundo término, dirigiendo miradas de interés á los dos.)

¿Cómo pudo usted creer
una maldad semejante?
¿No conoce usted bastante
la pureza del querer?

LUCILA.

Isidoro, fuera en vano
querer sincerarse ya,
pues comprometida está
mi palabra con mi mano.

ISIDORO.

¡No es posible!

LUCILA.

Desde hoy
ya nada puedo escuchar,
porque tengo que guardar
el nombre que á llevar voy.

ISIDORO.

¿Y aquel afecto?...

LUCILA.

Pasó;
tranquila se encuentra el alma;
nadie á turbar esta calma
tendrá derecho.

ISIDORO.

¡No, no!
¡Ese desden no es verdad!
—¿Cómo tranquilo vivia
cuando á mi lado tenia
la fe, la felicidad?
¿Soñando con un tesoro,
he de verlo en otro dueño?

LUCILA *(con sarcasmo).*

¡Usted despertó del sueño
con el resplandor del oro!

ISIDORO *(arrebatàdo).*

¡Qué ofensa!

LUCILA.

¡Todo acabó!
Salga usted. Vivir tranquila
anhelo solo.

ISIDORO.

¡Lucila,
debo sincerarme yo!

LUCILA *(vacilando).*

Es inútil, Isidoro.

ISIDORO.

¡Desprecio el oro me inspira!
¿Dónde hay un hombre ¡mentira!
que venda su amor al oro?
Renuncio solemnemente
de don Mariano al dinero;
solo á usted, Lucila, quiero
si hoy en amarme consiente.

(Lucila se lleva las manos á la cabeza y al corazon. Pausa.)

¡Lucila, Lucila, á Dios
invoco en su nombre santo!
¡Él, con su celeste manto

nos ha cubierto á los dos!
¡Nos une un lazo sagrado!

LUCILA *(profundamente alterada)*.

¡Lazo que rompe el deber!

ISIDORO.

¡No, no!

LUCILA.

Por él, ¿qué mujer
no se habrá sacrificado?

ISIDORO *(le coge una mano)*.

¡Vuelva usted, Lucila, en sí!
Esta pasion que me abrasa...

LUCILA *(retira la mano)*.

¡No! Salga usted de esta casa...
(Se vuelve y ve á don Mariano inmóvil.)
¡Don Mariano!... ¡Me perdí!
(Cae de rodillas y se cubre el rostro con las manos. Isidoro mira con aire amenazador á don Mariano, y se interpone al ver que este se adelanta.)

ISIDORO.

¡Atrás! ¡no existe un derecho
que me la pueda robar!
¡Si á ella quiere usted llegar,
pasará sobre mi pecho!

MARIANO.

(¡Ah! ¡qué horrible situacion!

¡perderla cuando la amaba!)
Isidoro, usted acaba
de vencer al corazon.

LUCILA *(se levanta trémula y se apoya en el brazo de don Mariano).*

¡Perdon, perdon! ¡Cumpliré
la palabra que le dí!...
(¡Fatal momento, ay de mí!)
Para siempre soy de usté.

MARIANO.

No: la conciencia es la voz
que razon al alma imprime.
(A Isidoro.)
Usté, en lo que vale, estime
este sacrificio atroz.
(Coge las manos de los jóvenes y las une.)
Los dos sois felices ya.

LUCILA *(con desvarío).*

¡Ah! ¡qué emocion!

ISIDORO.

¡Qué placer!
¡Oh, gracias!

MARIANO.

Es mi deber.

ISIDORO.

¿Con qué el alma pagará
tal deuda de gratitud?

MARIANO.

Nada me puede pagar;
nada; sepa usté apreciar
tanto amor, tanta virtud.
¡Es un tesoro!

ISIDORO *(mirando á Lucila con ternura).*

Lo sé;
feliz será.

MARIANO.

(¡Mi dolor
se calma porque su amor
realizado el sueño ve!)

LUCILA *(le estrecha las manos).*

¡Hombre generoso!

ISIDORO.

¡Sí,
generoso! ¡Mucho, mucho!
Yo mismo conmigo lucho
avergonzado de mí.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos. DOÑA TERESA.

ISIDORO *(al ver á doña Teresa, coge de la mano á Lucila y se adelanta á recibirla).*

Mire usté á Lucila: es mia;
¡para siempre!

TERESA.

¿De usted?

ISIDORO.

Sí.

TERESA *(á Lucila).*

¿Eres ya dichosa? Dí.

LUCILA.

¡Muy dichosa!

TERESA *(abraza á los jóvenes).*

¡Qué alegría!

MARIANO *(á Isidoro).*

Comprende usted que no son,
como el mundo se figura,
el dinero y la hermosura
los sueños del corazon.

FIN.

FÁBULA SÉTIMA.

ENTRE EL VICIO Y LA VIRTUD.

PERSONAS.

ISABEL.
DOÑA ROSA.
FERNANDO.
CORONEL.
MONZON.
AGENTES DE POLICÍA.

La escena pasa en Madrid.—Época contemporánea.

Sala amueblada decentemente. Puerta al fondo y laterales.—En el cuarto de la izquierda, que figura el salon del juego, se oye ruido de dinero.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL. *Despues* FERNANDO.

ISABEL *(sale por la derecha)*.

¿En dónde estará Fernando?
Entrar le ví con Monzon,
y de fijo está jugando...
¡Lo temí! ¡á su perdicion
ese hombre le va arrastrando!

(Sale Fernando por la izquierda, con la cara compungida y con los bolsillos del pantalon por fuera, cogidos con las puntas de los dedos.)

FERNANDO *(sin ver á Isabel)*.

¡Me limpiaron!... ¡El dinero
todos dejándolo van
en las garras del banquero!...
¡Y me quedé sin gaban
á tres grados bajo cero!

ISABEL *(se adelanta)*.

Me alegro mucho.

FERNANDO.

¡Qué ingrata!

Rico por tí quiero ser;
¡mas mis planes desbarata
la fortuna! ¡mal me trata!
¡Ay! ¡la fortuna es mujer!

ISABEL.

Mas buen consejo te da.

FERNANDO.

Me persigue.

ISABEL.

No: te ofuscas;
no te sigue, huyendo va;
no, no te olvida; la buscas
en sitio donde no está.

FERNANDO *(con ojos de codicia)*.

Ví en el tapete... ¡la mar!
¿Adónde quieres que vaya
mejor la suerte á buscar?
Cuando hay peces en la playa,
se va á la playa á pescar.

ISABEL *(con ironía)*.

Y ¿qué pescaste?

FERNANDO *(rascándose la cabeza)*.

Pesqué...
¡Ay! ¡me quedo como Adan!
Ayer la capa empeñé;
hoy el reloj y el gaban...

ISABEL *(con horror).*

¿Y mañana?

FERNANDO.

No lo sé.
¿Y llaman *verlas venir*
(Hace con las manos ademan de correr las cartas.)
á jugar, para perder
sus prendas? Deben decir
que se llama... verlas ir
para nunca más volver.

ISABEL.

¡Ay, Fernando! De Monzon
separarte en vano quiero.

FERNANDO.

Monzon es un caballero.

ISABEL *(con lástima).*

¡Tienes muy buen corazon!

FERNANDO *(riéndose).*

Pero no tengo dinero:

ISABEL.

¿Y lo pretendes tener
en ese juego de azar
que todo lo hace vender?

FERNANDO.

¡Ay! ¡es tan dulce ganar!

ISABEL.

¡Ay! ¡es tan triste perder!

FERNANDO.

Es verdad.

ISABEL.

¡Abre, Fernando,
los ojos á la razon!
¿Vas el desquite buscando?

FERNANDO.

¡Cabal! ¡Y me voy quedando
como el gallo de Moron!

ISABEL.

Tú no ves, porque estás ciego,
que todo lo has de perder.

FERNANDO.

Malo es jugar; no lo niego;
pero tú olvidas que el juego
es quien te da de comer.

ISABEL *(con marcado disgusto)*.

En el lodo me has hallado;
pero me sirve de escudo
la virtud que Dios me ha dado;
por eso, cada bocado
me hace en la garganta un nudo.

FERNANDO.

Tu madre sabe ganar

con el juego; ella no es loca,
y aquí se viene á jugar.

ISABEL.

¡Es mi madre! ¡no me toca
más que sentir y callar!
¡Sufre el alma cuando siente!
¡El juego es vicio fatal!
Soy una niña inocente;
pero la virtud presiente,
y he presentido tu mal.
Te quiero con ilusion,
y te amo como te sueño,
puro cual mi corazon...
¡Esclavo de una pasion,
ya no eres de tu alma dueño!

FERNANDO.

Que estás delirando, creo.

ISABEL *(señalando á la izquierda)*.

Allí entran todos, repara,
acariciando un deseo;
y despues, salir los veo
con el delito en la cara.
¡El juego! ¡infame pasion
que te robará la calma,
los sueños del corazon!
¡No acepta el amor del alma
la torpe degradacion!

FERNANDO.

En tí siempre estoy pensando.

ISABEL.

¡Ay, te engañas! ¡El amor
es gemelo del honor!

FERNANDO.

Pero yo...

ISABEL.

¡Mira, Fernando,
que me lo dice el dolor!

FERNANDO.

¡Te amo, Isabel!

ISABEL.

¿Me amas?

FERNANDO.

Sí.

ISABEL.

Yo tambien; pero tu nombre
limpio quiero ver...—Aquí
(Mirando hácia la izquierda, por donde ha de salir Monzon.)
viene en tu busca ese hombre...
¡Ah! ¡no te olvides de mí!
(Entra por la derecha.)

ESCENA II.

FERNANDO. *Despues* MONZON.

FERNANDO.

Quiere hacerme un buen servicio,

y se aumenta mi inquietud.
(Señalando á la derecha.)
¡Ay! me halaga la virtud;
(Señalando á Monzon, que sale fumando en pipa.)
pero me seduce el vicio.

MONZON.

¡Hola, mocito! ¿qué tal
hoy te ha tratado la suerte?

FERNANDO.

Muy mal.

MONZON.

No jugando fuerte.
á los pobres trata mal.

FERNANDO.

¿La cantidad de dinero
influye quizá en el trato?

MONZON.

¡Vaya! siempre paga el pato
el cándido pesetero.

FERNANDO *(preocupado)*.

¿Atiende á la cantidad?

MONZON.

La suerte le rinde culto.
La pobreza es un insulto
que se hace á la humanidad.
(Sale por la izquierda un jóven con las manos metidas

en los bolsillos, y con la cara triste; atraviesa la escena y se va por el fondo. Monzon se rie.)

—Aquí la prueba se ve.

FERNANDO.

¿Quién es ese?

MONZON.

Un pesetero
que pierde siempre el dinero,
jugando de buena fe.
El tapete es como el mar;
en el juego ha de perder
el que no llegue á entender
la aguja de marear.

(Sale un caballero muy elegante, con maneras afectadas, y se va por el fondo. Monzon se quita el sombrero, haciendo muchas cortesías.)

FERNANDO.

Y ese ¿quién es?

MONZON.

Un banquero.

FERNANDO.

¿Es el director del Banco?

MONZON *(con ironía)*.

De la banca.—Ese no es manco,
y es suyo siempre el dinero.

FERNANDO.

¿Por atraccion?

MONZON.

En el juego
tiene las manos muy listas;
se juega con cartas vistas
en sabiendo echar *el pego*.
¡Es sistema conocido!

FERNANDO *(con indignacion)*.

¡Es manera muy villana!...

MONZON *(riéndose)*.

Es caballero el que gana,
y el que pierde... es un perdido.

FERNANDO.

¡Buena lógica!

MONZON.

Oye, chico,
á la larga ó á la corta,
lo que en este mundo importa
es tener plata, ser rico.

FERNANDO.

¿Eres rico?

MONZON.

Lo seré.
Conozco el camino ya;
al mendicante le da
todo el mundo con el pié.

FERNANDO.

Pues ¿qué posicion disfrutas?

MONZON.

Soy un *gancho:* ¡un caballero!
un banderin callejero
que enganchando voy reclutas.
Ser rico me quita el sueño;
se me encuentra, de seguro,
donde quiera que hay un duro
que espera cambiar de dueño.
Hago á los vivos la guerra
con valor y con acierto,
porque yo *levanto un muerto*
sin que lo sienta la tierra.
Buscar el dinero sé
donde quiera que se halle,
porque soy *gancho* en la calle,
y en la casa *gurrupié.*
Ninguna emocion se siente
pólvora ajena gastando;
y de este modo, buscando
voy la vida honradamente.

FERNANDO.

Pero es preciso aprender...

MONZON.

Claro está; porque la ciencia
es hija de la experiencia;
si te propones saber...
(Se sienta.)

FERNANDO.

Sí.

MONZON.

Ven.—Acércate más.
(Fernando se acerca.)
Yo te he cobrado cariño...
No juegues, porque eres niño,
y jugando perderás.

FERNANDO.

Monzon, desquitarme quiero,
y recobrar mi gaban.

MONZON.

Así perdiéndose van
los que buscan su dinero.
Fuera, los incautos suman
pues con la fortuna cuentan;
cuando á la mesa se sientan,
van restando, y los despluman.

FERNANDO *(preocupado)*.

¿Con que siempre he de perder?

MONZÓN.

¿Quieres ganar plata?

FERNANDO *(vivamente)*.

Sí.

MONZON.

Bien: yo jugaré por tí,

que sé sembrar y coger.
Dame cuartos.

FERNANDO.

Es el caso
que no tengo una peseta.

MONZON *(moviendo los dedos de la mano derecha)*.

¿En tu casa no hay gaveta
con esto?... Sales del paso.

FERNANDO *(con espanto)*.

¡Ese dinero no es mio!

MONZON.

Es de tu padre: es igual.

FERNANDO.

Pero...

MONZON.

¡Hace un tiempo fatal,
y sin capa tendrás frio!
(Se levanta.)
No temas; puedes coger
un billete; me lo das;
juego, gano, y luego vas
y lo vuelves á poner.

FERNANDO.

Pero eso...

MONZON.

Tendrás tu capa.
¡Si juegas sobre seguro!...

FERNANDO.

¿Y si se pierde?

MONZON.

¡Bah! el duro
que entra en mi red, no se escapa.
Ganando para los dos,
hoy pensaba desquitarte;
¿no quieres aprovecharte?
Tú te lo pierdes. Adios.
(Hace que se va y vuelve.)

FERNANDO *(muy agitado)*.

¡Ven!

MONZON *(con calma)*.

¿Me llamas?

FERNANDO.

¡Tengo miedo!

MONZON.

¿Miedo?

FERNANDO.

Sí.

MONZON.

Porque eres tonto;
si eso se despacha pronto;
en menos que rezo un credo.
Así la fortuna empieza,
y así luego se atesora;
formarás en una hora

la base de tu riqueza.
Y seguiremos ganando,
y adquiriendo muchos bienes,
tendrás lujo, palco, trenes...
¿No te decides, Fernando?

FERNANDO.

¡Eso deslumbra!... Es verdad...
Pero si se pierde...

MONZON.

No:
en mis manos tengo yo
completa seguridad.
(Le empuja suavemente hácia el fondo.)
El billete vé á buscar;
cuando la fortuna pasa
por delante de tu casa,
no la dejes escapar.
(Le hace entrar y vuelve al proscenio.)

ESCENA III.

MONZON. *Despues* DOÑA ROSA.

MONZON.

Este pez tragó el anzuelo;
está ciego, alucinado,
y no vuelve de su casa
sin el billete de Banco.
(A doña Rosa, que sale por la derecha.)
Señora, felices dias.

ROSA.

Adios, Monzon. ¿Y Fernando?

MONZON.

Un negocio muy urgente
á su casa le ha llevado;
mas de fijo vuelve pronto,
que Isabel es su reclamo.

ROSA.

La pobre está enamorada.

MONZON.

Y tambien lo está el muchacho:
bebe los vientos por ella.

ROSA.

¿No sabe usted si ha jugado?

MONZON *(con ironía)*.

Por mí su capa responda.

ROSA.

¿Sin capa? ¡Pobre Fernando!
Monzon, tiene usted la culpa,
porqué usted se empeña...

MONZON.

¡Vamos!
¿Empeñar yo? ¡Bueno fuera!
Es él el que la ha empeñado.

ROSA.

La miseria me ha perdido,
y los que me aconsejaron
que diera abrigo en mi casa
al juego, un vicio tan malo.

MONZON.

Pero ese juego, señora,
proporciona los garbanzos.

ROSA.

No dé usted malos consejos
ni eche á perder á Fernando.

MONZON.

Le llévo por buen camino.
¡Es un *pipi!* Le eché el gancho
una mañana, en la esquina
de la calle de Jitanos.
Iba el mozo peripuesto;
muy limpio y oliendo á cuartos,
porque el dinero trasciende,
y yo tengo buen olfato;
iba alegre, distraido,
á todas partes mirando,
como quien busca emociones,
cara de ángel de retablo;
yo murmuré: «¡Buena pesca!»
me acerqué, y le dije al paso:
—«¿No quiere usted divertirse?
—¿Cómo?—Allí se pasa el rato.
En dos minutos, un pobre

se convierte en potentado.»
Abrió los ojos, y vino...

ROSA.

¡Y dejó el último ochavo!

MONZON.

¡Justo! para eso le traje.

ROSA.

¡Pierde siempre!

MONZON *(con intencion)*.

No: Fernando
no pierde siempre, señora;
aquí vió á Isabel; se amaron;
y como su padre es rico,
le ha tendido usted el lazo.

ROSA.

Pero el coronel es hombre
de una rectitud...

MONZON.

Es claro;
y no conviene que el hijo
se pervierta... ¡Le atrapamos!
El muchacho es inexperto;
eso corre á mi cuidado.

ROSA.

Monzon, ¿hay gente?

MONZON.

¡Gran dia!
¡Un lleno! Hay muchos novatos
que hoy dejarán en el monte
hasta su casa sin clavos.

ROSA.

Isabel está muy triste.

MONZON *(burlándose)*.

¡El amor!...

ROSA.

Corro á su lado.
No permita usted, si vuelve,
que éntre en la sala Fernando.

MONZON.

¡Cá!

ROSA.

(¡El juego! ¡vivo asustada!
¡Ay! ¡comer me cuesta caro!)
(Vase por la derecha.)

ESCENA IV.

MONZON. *Despues* FERNANDO.

MONZON.

¡Qué ingratas son las mujeres!
¡Siempre dan al bien, mal pago!

Gana y vive con el juego,
y mal lo trata...—Es Fernando.
(Aparecé Fernando con el rostro muy demudado y mirando á todos lados, como si le siguieran.)
¡Qué cara tiene! ¡no sirven
para nada estos muchachos!
(Se adelanta.)
¡Hola! ¿ya hiciste el negocio?
Estás un poco agitado;
son escrúpulos de monja...
Venga el billete de Banco.

FERNANDO *(trémulo)*.

¿No me han visto?

MONZON.

Yo te veo,
y soy ciego; no hagas caso.
Dame ese billete.

FERNANDO.

Toma.
¿No me han visto?

MONZON.

¡Te has portado
como un hombre de provecho!
¡De fijo el monte desbanco!
(Le daré la cuarta parte
de la ganancia, si gano.)
(Se va por la izquierda.)

ESCENA V.

FERNANDO.

¡Nadie me ha visto! ¡Yo sudo!...
De miedo estaba temblando,
y mi corazon latia,
y eran inciertos mis pasos,
como ahora, cuando puse
en la gaveta la mano...
¡Y los dedos me quemaban
los billetes, al tocarlos!...
¿Voy á ser muy rico?... ¡Rico!
¡tendré lujo, trenes, palco,
sin trabajar! ¡Qué fortuna!...
Mas ¿por qué tiemblo? ¿Estoy malo?...
(Se pasa las manos por la frente.)
Si Monzon pierde el billete,
y no le vuelvo... ¡Qué espanto!...
En su habilidad confio;
pero... pero ¡estoy temblando!
(Asoma el Coronel por el fondo y Fernando ahoga un grito.)

ESCENA VI.

FERNANDO *y* CORONEL.

FERNANDO.

¡Mi padre!

CORONEL *(con calma, entrando).*

¿Te sorprendió
verme entrar, de pronto, así?...
Cuando tú vienes aquí

tambien puedo venir yo:

FERNANDO *(sujetándose el corazon).*

(¡Dios mio! ¿qué es lo que he hecho?)

CORONEL.

Algo tienes que tapar,
puesto que al verme llegar
pones la mano en el pecho.

FERNANDO *(balbuciente).*

¡Padre!

CORONEL *(le coge del brazo).*

Ven. ¿Qué casa es esta
que te produce sonrojos?
Dí: ¿por qué bajas los ojos
y me niegas la respuesta?

FERNANDO.

Yo... No debe usted saber...

CORONEL.

No te empeñes en callar,
pues nada debo ignorar.

FERNANDO *(vacilando).*

Vine... por una mujer.

CORONEL.

¡Mientes!

FERNANDO.

¡Ah!

CORONEL.

¡Me has engañado!
¡Tu falta otra falta inspira,
que siempre fué la mentira
tapadera del pecado!
(Le coge de la mano y cambia de tono.)
—Te enseñé, cuando eras niño,
el camino del honor;
lo que juzgaste rigor
era exceso de cariño.
A la virtud quise un templo
en tu pecho levantar;
para poderlo alcanzar,
procuré darte el ejemplo.
Te enseñé con entereza
á dominar tus pasiones;
viste siempre en mis acciones
el sello de la nobleza.
Mi voz escuchaste, y luego
te dije, cuando eras hombre:
«Fernando, guarda mi nombre
puro, como te lo entrego.»
¿Has sido buen guardador?...
Pon las manos en el pecho
para decirme qué has hecho
de mi nombre y de mi honor.

FERNANDO *(acongojado)*.

¡Padre mio, hablar no puedo!

CORONEL.

¡Ah! ¡tu conciencia te espanta,

y se anuda en tu garganta
la voz del crímen, el miedo!
(Fernando se estremece.)
¿Tiemblas, Fernando? ¡Sí, sí!
¡Te miras en el espejo
de la maldad!... ¡Yo soy viejo,
y nunca he temblado así!
¿No sabes por qué? ¡Por nada!
¡Por llevar toda la vida
el alma nunca escondida
y la frente levantada!
(Pausa.)
¿Quién te trajo á este garito?

FERNANDO.

Un hombre, padre.

CORONEL.

¡Un malvado!

FERNANDO.

Lo ignoraba.

CORONEL.

Te ha arrastrado
con tu ignorancia al delito.

FERNANDO.

¡Al delito!

CORONEL.

Un alma buena
aquí se pierde en el mal;
(Señalando á la izquierda.)

busca, al pasar ese umbral,
la deshonra y la cadena.
Goza el vicio muy ufano
robando al alma el candor;
el vicio y el deshonor
siempre se darán la mano.

FERNANDO *(con horror).*

¡Oh!

CORONEL *(le dice al oido, señalando á la puerta del fondo).*

La justicia está allí;
á ejercer viene su accion
para prender á un ladron
que se ha refugiado aquí.

FERNANDO *(aterrado).*

¡Padre! ¿quién la trajo?

CORONEL.

Yo.

FERNANDO.

¡Mi honor, padre! ¡En usted fio!
(Quiere echarse en sus brazos, y le rechaza.)

CORONEL.

¡Aparta! ¡no es hijo mio
el que un crímen cometió!

FERNANDO.

¡Ah! ¡qué espanto!

CORONEL *(se cruza de brazos).*

¡Mi altivez
me hace echarte de mis brazos!
¿Quién une en estrechos lazos
la maldad y la honradez?

FERNANDO.

Reconozco la maldad;
no he sabido resistir,
y debo, padre, morir.
¡Máteme usted por piedad!

CORONEL.

No hagas de un valor alarde
que tu causa no mejora;
¡Fernando, morir ahora
es morir como cobarde!
Despues del crímen, al hombre
no es permitido morir,
porque tiene que vivir
para rescatar su nombre.
Y tu nombre ¡santo Dios!
en el fango lo has echado;
el rostro me ha salpicado,
que tu nombre es de los dos.
¿Infamaste mi blason?
(Desesperado, pone las manos sobre el pecho.)
¡Yo de aquí te arrancaré!

FERNANDO.

¡Ah!

CORONEL.

¡Para alcanzarlo, haré

pedazos mi corazon!

FERNANDO *(espantado).*

¡Mil veces la muerte! ¡Padre!...
¡Yo voy á volverme loco!...
¡Perdon! ¡el perdon invoco
por el nombre de mi madre!

CORONEL *(se estremece, profundamente conmovido).*

¿Qué recuerdo has evocado?...
¡Tu buena madre murió,
más venturosa que yo,
para no verte infamado!
¡Ay! ¡me ahoga la emocion!...
(Se lleva las manos á los ojos.)
¡Estoy llorando! ¡creia
que era fuerte, que tenia
de mármol el corazon!

FERNANDO *(se acerca).*

¡Perdon!

CORONEL *(se enjuga violentamente los ojos).*

¡No quiero llorar!
¡Es preciso resistir!
¡El juez no debe sentir
para poder castigar!

FERNANDO.

Sí: reconozco mi error:
un mal consejo escuché;
deslumbrado, me lancé,
y me he perdido; ¡qué horror!

Hallo mi conciencia herida;
fué un momento de extravío;
pero juro, padre mio,
ser bueno toda la vida.

CORONEL.

Hoy prometes, y despues...

FERNANDO.

¡Un padre siempre perdona!
¿Qué padre á un hijo abandona
cuando él se arroja á sus piés?
(Se arrodilla).

CORONEL.

¡Ah, no! ¡levanta! (¡Ser duro
quiero y no puedo!)

FERNANDO.

¡De aquí
no he de moverme!

CORONEL *(vacilando, muy agitado)*.

¡Sí, sí!...
¿Serás bueno?

FERNANDO *(le besa las manos)*.

Sí: ¡lo juro!

CORONEL.

No me sirve de consuelo
que lo jures á tu padre;

¡júramelo por tu madre
que nos oye desde el cielo!
(Se quita el sombrero.)

FERNANDO *(llorando y mirando al cielo).*

¡Padre, ella me está escuchando
y ya los brazos me ha abierto!

CORONEL *(mirando tambien al cielo).*

¿Ella te perdona?... ¡Es cierto!
¡Ven á mis brazos, Fernando!
(Se abrazan. Pausa.)
Has recobrado mi amor;
pero inflexible seré.

FERNANDO.

¡Volver mi madre me ve
á la senda del honor!

CORONEL *(sobresaltado).*

¡Siento pasos! ¿Quién será?

FERNANDO *(asustado).*

A la justicia ¡ay de mí!
tengo miedo.

CORONEL.

Ven aquí;
tu padre te amparará.
(Le cubre con su cuerpo como para protegerle. Sale Monzon por la izquierda.)

ESCENA VII.

Dichos. MONZON.

MONZON *(á Fernando).*

Chico, todo se ha perdido
ménos el honor. Está
hoy la fortuna de espaldas
y venció á mi habilidad.
Ya puedes ir á la fuente
otro billete á buscar.

CORONEL *(aparte á Fernando).*

¿Quién es?

FERNANDO *(aparte al Coronel).*

¡Es él, padre mio!

CORONEL *(aparte á Fernando).*

Todo lo comprendo ya;
ese hombre lleva en la cara
retratada la maldad.
(Se adelanta y dice á Monzon, fingiendo misterio.)
¿Con que todo se ha perdido?

MONZON *(le mira de reojo).*

¿Eh? ¿perdido? (¿Quién será
este buen señor? ¡Me escamo!)

CORONEL.

¿Nos trató la suerte mal?

MONZON *(sorprendido).*

¿Nos trató?...

CORONEL.

Claro:

MONZON.

No entiendo.

CORONEL *(señalando á los dos).*

Sí: formamos sociedad.

MONZON.

¿Los tres?

CORONEL.

Sí. Venga esa mano,
porque la quiero estrechar.

(Monzon, algo inquieto, le presenta la mano, y el Coronel se la aprieta, haciéndole dar un grito.)

MONZON.

¡Ay, ay! (¡De roble es el viejo!)

CORONEL.

El billete ¿dónde está?

MONZON *(queriendo sonreirse).*

En la espesura del *monte*
se quedó.

CORONEL.

Otro hay que mandar
para seguirle la pista.

MONZON *(abre los ojos)*.

¿Otro billete? ¡Es verdad!
(No juega limpio este viejo;
¡Sus ojos miedo me dan!)

CORONEL.

¿Conoce usted á ese jóven?

MONZON.

Sí.

CORONEL.

Fernando, ven acá.

FERNANDO *(se acerca)*.

Padre...

MONZON.

(¿Su padre? ¡Jugando
en-tres, salió doble el as!)

CORONEL.

Este mozo es inexperto,
y solo, no sabe andar
por el monte; necesita
que le lleven...

MONZON.

Claro está.

CORONEL.

El monte es un laberinto
donde perdiéndose van

los incautos que se dejan
por los malvados llevar.

MONZON *(muy inquieto)*.

¡Oh, sí!

CORONEL.

Pero yo conozco
por donde el camino va,
y al estafador villano
quiero el camino enseñar.
(Se va por el fondo.)

ESCENA VIII.

MONZON *y* FERNANDO.

MONZON.

(¿Estafador? ¡Qué palabra!
¿El viejo es terne y se va?...
¡Malo! ¡estos hombres honrados
son una calamidad!)
Oye, muchacho: ¿tu padre
es hombre de armas tomar?

FERNANDO.

¡Mi padre es un caballero!

MONZON.

Y yo tambien. Cada cual...

FERNANDO *(irritado)*.

¡Es usted un miserable!

MONZON.

¡Mocito! (¡Sale al papá!
¡De tal palo tal astilla!)
Yo te he querido enseñar...

FERNANDO *(con ironía)*.

¿El camino del presidio?
¡Manchó usted mi nombre!

MONZON.

¡Bah!
¡Todo se lava! (Me escurro,
pues corro peligro.)
(Va á salir y le detiene un Agente.)

AGENTE.

¡Atrás!

MONZON *(retrocede)*.

(¿Sota en puerta? ¡El Saladero
á la vuelta debe estar!)
(Salen varios Agentes de policía.)

ESCENA IX.

Dichos, CORONEL *y* AGENTES.

CORONEL *(á un Agente, señalando á Monzon)*.

Ese.

AGENTE.

Venga usted.

MONZON.

(¡Mi sino
ha sido siempre constante!)

AGENTE.

Vamos.

MONZON.

Bien. Iré delante,
que ya conozco el camino
(¡Volveré por la *revancha!*
¡Este viejo me *copó*,
y la contraria salió!
¡Tambien á un gancho se engancha!)

(Se va con el Agente por el fondo; otros Agentes, á una señal del Coronel, entran por la izquierda, y se oye en seguida ruido de alarma y de dinero.)

ESCENA X.

CORONEL *y* FERNANDO. *Despues* ISABEL *y* DOÑA ROSA.

CORONEL.

Ya ves lo que el vicio alcanza;
un mal consejo, hijo mio,
destruye con su extravío
una vida de enseñanza.
Sólo en tu padre confía,
que él salvará tu virtud,
pues pierde á la juventud
una mala compañía.

ISABEL.

Fernando...

ROSA.

Sentí rumor
de voces. ¿Qué es lo que pasa?

CORONEL *(se interpone).*

La justicia entró en la casa,
y con élla el deshonor.

ROSA *(aterrada).*

¡El deshonor!

CORONEL.

Quien su puerta
llega al vicio á franquear,
debe tambien esperar
que la ley la encuentre abierta.

ROSA *(se sienta, cubriéndose el rostro con las manos).*

(¡Qué vergüenza!)

ISABEL.

¡Mi Fernando!

FERNANDO *(se estremece).*

¡Isabel!

ISABEL.

El alma mia
tu desgracia presentia,
y te la estaba anunciando.

CORONEL *(á Fernando).*

Esa niña... ¿La amas?

FERNANDO.

Sí.
¡Es ún ángel de candor!

CORONEL.

¿Has puesto en ella tu amor?
¡Desventurado de tí!

FERNANDO.

Padre, es inocente, es buena;
su virtud acrisolada...

CORONEL.

¡En atmósfera viciada
la inocencia se envenena!
Es buena, sí: ¡sus sonrojos
declarando están la afrenta!
¡La virtud se trasparenta
por el cristal de los ojos!

FERNANDO.

¡Es inocente!

CORONEL.

¡Repara
lo que debes á tu rango!
¡Vive entre fango, y el fango
le ha salpicado á la cara!

ISABEL.

(¡Ah! ¡bien dice! ¡Qué cruel!)

FERNANDO *(se dirige á Isabel)*.

Yo...

ISABEL.

No aumentes mi amargura;
¡ha roto la desventura
nuestros lazos!

FERNANDO.

¡Isabel!

ISABEL.

Aunque tu amor es profundo,
tu padre tiene razon;
es tuyo tu corazon,
pero tu nombre es del mundo.
¡Mi amor no tiene derecho
contra la ley del honor!
¡Te dejo libre!

FERNANDO.

¿Y tu amor?

ISABEL.

¿Mi amor?... ¡Morirá en mi pecho!

FERNANDO.

¡Ah!

ISABEL.

¡No me puedes amar!

FERNANDO *(mirando con ira á doña Rosa)*.

¡Tu madre!...

ISABEL.

¡Cierra tu boca!

¡Es mi madre! ¡no me toca
más que sentir y callar!
(Corre á ella.)

FERNANDO.

¡Padre, soy muy desgraciado!

ROSA.

(¡Ah! ¡vacila mi razon!)
¡Hija del alma, perdon!

ISABEL *(con ternura)*.

¡Quiero morir á tu lado!
(La abraza.)

CORONEL.

No debe un hijo manchar
el limpio nombre de un padre;
(Señalando á doña Rosa.)
pero tampoco una madre
debe á un hijo deshonrar.
¡Sois infelices los dos!

FERNANDO.

¡Sí!

CORONEL.

Vamos... ¡Valor, Fernando!
(Señala al cielo.)
¡Tu madre te está mirando!

FERNANDO *(despues de una lucha horrible)*.

¡Vamos, padre!—¡Adios!
(Se dirige trémulo á Isabel, que impide con la mano que se acerque.)

ISABEL *(sin mirarle).*

¡Adios!

CORONEL.

Ven á rescatar tu nombre
manchado con tu extravío.
Vamos.—¡El juego, hijo mio,
es la perdicion del hombre!

(Se van, llevando el Coronel á su hijo casi arrastrando; en la puerta, se vuelve Fernando á mirar á Isabel, que está al parecer impasible. En cuanto desaparecen, ella da un grito penetrante y cae desplomada en los brazos de su madre, que llora amargamente.—Durante esta escena muda, el telon debe bajar muy despacio.)

FIN.

ÍNDICE.

